DON FRANCISCO DE QUEVEDO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

ORIGINAL DE

Don Eulogio Florentino Sanz.

MADRID:
IMPRENTA DE J. Gonzalez Y A. Vicente, C.º DE LA FLOR BAJA, N. 24.
1848.

A D. G. Marazuela Cortés.

Al frente de mi primer drama debe aparecer el nombre de mi primer amigo: por eso doy al tuyo la preferencia.

Madrid Febrero 2 de 1848.

E. Florentino Sanz.

724624

DOS PALABRAS.

Este drama fue representado por primera vez en el teatro del Príncipe la noche del 1 de Febrero de 1848 á beneficio del primer actor y director de escena D. Julian Romea. Este artista que, como beneficiado, dispensó ya una honrosa deferencia al autor, jóven sin nombre que presentaba al público su primer ensayo; como actor eminente ha dado nuevo ser al drama, caracterizando con admirable perfeccion el personaje principal.

El poeta, que debe al artista la mitad de su triunfo, paga un tributo de lealtad al consignarlo en estas líneas.

El autor.

Yo soy aquel mortal que por su llanto
Fue conocido, mas que por su nombre
Ni por su dulce canto.

QUEVEDO, *Musa VII.*

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
2730.

PERSONAJES.	ACTORES.
Don Francisco de Quevedo. . . .	*Don Julian Romea.*
Margarita de Saboya.	*Doña Matilde Diez.*
La reina.	*Doña Teodora Lamadrid.*
El conde-duque de Olivares. . .	*Don Pedro Sobrado.*
Doña Inés.	*Doña María Córdova.*
Don Juan de Castilla.	*Don Florencio Romea.*
Don Pablo Mendaña.	*Don Mariano Fernandez.*
Medina.	*Don Lázaro Perez.*
El marqués de la Grana.	*Don Antonio Gonzalez.*
Un capitan.	*Don Patricio Sobrado.*
Un alcalde de casa y corte. . .	*Don Lorenzo Ucelay.*
Un ugier.	*Don Juan Fabiani.*

Ronda de capa, guardias, damas, meninas, caballeros, pajes, etc.

La escena en Madrid, año de 1643.

Esta comedia es propiedad de la Sociedad **Espartana**, la cual perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que no lleven el sello de la Sociedad.

ACTO PRIMERO.

Noche.—Una plazuela que se supone ser la de San Martin conforme estaba en la época del drama. A la izquierda, en primer término, la fachada y gradería del templo; en segundo, una calle, y otra en el fondo, que parte casi en la misma direccion. Á la derecha, en segundo término, otra calle que cae enfrente de la de la izquierda; en primero, una casa con puerta y balcon practicables, y delante de la casa una imágen en su nicho sobre la pared, alumbrada por un farolillo, única luz que hay en la escena.

ESCENA I.

MENDAÑA, CASTILLA, GRANA, *que al levantarse el telon aparecen mirando con curiosidad á varias damas, que á su espalda se dirigen hácia el templo, todas con el velo levantado. Con las damas se verán tambien algunos caballeros.*

CASTILLA. ¡Todas sin manto!
MENDAÑA. Mejor.
CASTILLA. No digais eso, Mendaña;
siempre el manto fue en España...
MENDAÑA. Tapa-enredijos de amor.
GRANA. Si antes fueron permitidos
los velos...
CASTILLA. Sigan como antes
para bien de los amantes...
MENDAÑA. Para mal de los maridos.
GRANA. Vos, por lo visto, don Pablo,
dado sois al matrimonio.
MENDAÑA. No diré que no.
CASTILLA. ¡Demonio!
MENDAÑA. Ni diré que sí.
CASTILLA. ¡Pues, diablo!...

Direis... ¡qué sé yo!

MENDAÑA. Quien forme
otros juicios mucho yerra;
que al fin y al cabo, en la tierra
todo es... segun y conforme.

GRANA. ¡Ah! ya...

CASTILLA. No os entiendo aun.

MENDAÑA. Todo en el mundo es mejor.

GRANA. ¿Todo, decís?

MENDAÑA. Sí, señor;
todo, conforme y segun.

GRANA. De lo que decís infiero...

MENDAÑA. Que es mejor vivir casado.

CASTILLA. Mas yo en limpio habré sacado...

MENDAÑA. Que es mejor vivir soltero.

GRANA. ¡Gran sentencia!

CASTILLA. ¡Gran sandez!

GRANA. Tal razon me deja mudo.
Siendo viudo...

MENDAÑA. ¡Ah! para el viudo
lo mejor es la viudez.

GRANA. (*Riéndose.*) ¡Profunda filosofía!..

MENDAÑA. Por profunda y verdadera
es mejor... que otra cualquiera.

CASTILLA. Si la cede en mejoría.

MENDAÑA. ¡Es verdad!

CASTILLA. Teneis razon,
¡Voto á veinticinco santos!..
Pero volviendo á los mantos,
que es aqui nuestra cuestion...

GRANA. Nadie á comprenderlo acierta.
Cual si fuesen á sus bodas,
andan hoy las damas todas
con la cara descubierta.

MENDAÑA. Es que el rey lo manda asi.

CASTILLA. Mas ¿por qué lo manda el rey?

MENDAÑA. Yo no interpreto su ley.

CASTILLA. Corren voces por ahi...
Lo diré pronto y clarito.
Esa injusta ley...

MENDAÑA. ¡Prudencia!
Su Magestad...

CASTILLA. Su Escelencia.

MENDAÑA. Dióla el rey...
CASTILLA. No; el favorito.
MENDAÑA. Es lo propio, segun creo.
CASTILLA. Sí... Olivares...
MENDAÑA. ¡Gran señor!
CASTILLA. Pues; os proteje...
MENDAÑA. Mejor.
CASTILLA. Ese sí que es mejoreo.
Pero, volviendo á Olivares;
él, que al soberano engaña,
le arrancó ley tan estraña
por fines particulares.
MENDAÑA. Es un falso testimonio.
CASTILLA. No; tan ridícula ley...
MENDAÑA. Dióla en servicio del rey.
CASTILLA. O en servicio del demonio.
No conspiran las tapadas;
y es esa ley singular...
MENDAÑA. (*Con calor.*) La mejor... para evitar
enredos y cuchilladas.
CASTILLA. (*Colérico.*) ¡Vive Dios!..

ESCENA II.

Dichos, QUEVEDO.

QUEVEDO. (*Entrando por la derecha.*) Paz, caballeros.
No haya duelo ni quebranto,
ni en noche de Jueves Santo
se ensangrienten los aceros.
GRANA. ¡Noble cisne de Madrid!
QUEVEDO. ¡Cisne pues!.. El de Guzman
dice que soy alcotan.
GRANA. ¡Oh! venid acá, venid.
¿Qué hay de nuevo por la corte?
QUEVEDO. ¿Por Madrid?
GRANA. No; por palacio.
QUEVEDO. No sé nada.
GRANA. ¡Qué rehacio!
QUEVEDO. Nada que á nadie le importe.
Pero cuando aqui llegué,
percibi en frases cortadas

no sé qué de cuchilladas...

CASTILLA. ¿Con que oisteis?..

QUEVEDO. No sé qué.

GRANA. Eran Castilla y Mendaña
disputando con calor
que esa ley...

MENDAÑA. Es la mejor.

CASTILLA. La peor que hubo en España.

QUEVEDO. ¡Cómo! ¿Hablais sobre los mantos?..
Eso es andar por las ramas.

CASTILLA. Tal rigor contra las damas...

QUEVEDO. Nos descubre sus encantos.
No os pareis en frioleras.
Tal negocio no es de rey
ni de ministro... Esa ley
es cuestion de costureras.
Leyes de tan ruin valía
no son de gobierno á fe,
son leyes no mas...

CASTILLA. ¿De qué?

QUEVEDO. Leyes... de guarda-ropía.

GRANA. ¡Bien dicho, bien!.. Pero ya
ruido en el templo se siente:
las tinieblas...

MENDAÑA. Ciertamente.
Vamos, señores, allá.

QUEVEDO. Vamos, pues.

CASTILLA. (*Aparte.*) Quevedo, oid.

ESCENA III.

QUEVEDO *y* CASTILLA *que le detiene cuando se dirigia al templo.*

QUEVEDO. ¿Qué es lo que tanto os agita?

CASTILLA. ¡Oh! La infanta Margarita
vino ayer tarde á Madrid.

QUEVEDO. Pero entonces, ¿dónde está?
En palacio, no.

CASTILLA. Lo sé.
Donde Olivares esté,
nunca la infanta cabrá.

QUEVEDO. Mas ¿quién vino en su compaña?
CASTILLA. Sola de Ocaña se huyó;
¿y sabeis por qué?.. Por no
morirse de hambre en Ocaña.
QUEVEDO. Es imposible.
CASTILLA. ¡Por Cristo!..
Yo os juro que vino ayer,
y que entró al anochecer,
y que mis ojos lo han visto.
QUEVEDO. Equivocacion, don Juan.
CASTILLA. Yo sé bien que se halla aqui;
pero tengo para mí
que otros tambien lo sabrán.
Olivares vive alerta;
teme que aborten sus tramas...
Tal vez... ¿Quién sabe?.. Hoy las damas
(Con intencion.)
van con la faz descubierta.
(Entra en el templo.)

ESCENA IV.

QUEVEDO.

Ella es sin duda... Castilla
dice que se huyó de Ocaña...—
Cierto; ayer entró en la corte,
y hoy me dirige esta carta.
Diómela con tal misterio
aquel hombre de la capa...
Ni se descubrió el embozo
ni me dijo una palabra.
De ella es sin duda...—Imposible.
No; la duquesa de Mantua,
del gran Felipe Segundo
nieta; del rey prima hermana;
la que en Portugal vireina
fue tambien; la ilustre infanta
Margarita de Saboya...
No, no puede ser la dama
que me escribe... Sin embargo...
ella es hoy bien desgraciada...

—Y aun asi, yo... ¿qué podria
para endulzar su desgracia?
El pensarlo fue quimera...
Mas ¿de quién es esta carta?..
¿De quién?.. Cuanto mas la leo,
menos mi mente lo alcanza.

(*Leyendo á la luz del farol.*) «Una dama ilustre, á quien vos co»noceis y que os estima en mucho, ha menester hablaros »esta misma noche. Estad en San Martin y la vereis al fin »de las tinieblas. A pesar de la prohibicion de los velos, irá »rebozada y encubierta, porque la importa no ser de nadie »conocida y porque vos la conozcais. Su nombre os dirá ella »misma. Adios.»

Su nombre... su nombre... Cierto...
Margarita... Sí, la infanta...
¡Ella en Madrid!—¡Oh! Castilla
dice que se huyó de Ocaña...
Sí... ya sabrá el conde-duque
su venida... y para hallarla
mandó que desde hoy sin velo
anden por Madrid las damas...
¡Cuánto la aborrece ese hombre!..
(*Mira la carta.*)

ESCENA V.

QUEVEDO, *y* MENDAÑA *que sale del templo.*

MENDAÑA. Quevedo... ¡Mas, calla, calla!
¿Componeis versos?.. ¡Por vida!..
Vamos, ya entiendo... ¡Una sátira!
¡Ah, mejor, mejor!

QUEVEDO. (Imbécil.)

MENDAÑA. Llenos estarán de gracia
picante... Vamos, leedme...

QUEVEDO. ¿No me buscabais, Mendaña?

MENDAÑA. Ciertamente: las tinieblas
dieron principio; y la Grana,
Castilla y demas amigos,
notando vuestra tardanza...

QUEVEDO. Vamos pues.

MENDAÑA. Sí; mas primero
leedme...

QUEVEDO. Ved que me aguardan.
MENDAÑA. Bien; pero despues...
QUEVEDO. Despues...
(*Dirigiéndose al templo y con conviccion.*)
(Es la duquesa de Mantua.)

ESCENA VI.

OLIVARES *que ha estado en la esquina de la derecha y con el embozo á la cara durante la escena anterior; despues* MEDINA.

OLIVARES. Gracias á Dios que me dejan
libre un momento la plaza.
(*Llamando á la casa de la derecha.*)
Medina.
MEDINA. (*Saliendo.*) ¿Señor?
OLIVARES. La hora
llega.
MEDINA. La espero con ansia.
OLIVARES. ¿Los has conocido?
MEDINA. A todos.
OLIVARES. ¿Qué hablaron?
MEDINA. Con la distancia
no he conseguido cazarles
ni siquiera una palabra.
OLIVARES. Bien; poco importa.—Quevedo...
MEDINA. Leyendo estuvo la carta.
OLIVARES. ¿Será la misma?
MEDINA. Sin duda.
No habrá conocido nada.
Luego que vos la leisteis,
volví de nuevo á cerrarla,
y al punto se la entregaron
como si estuviese intacta.
¡Oh! Con tan buenos espías...
No hay que interceptar las cartas,
cuando el mismo que las lleva
se encarga de interceptarlas.
OLIVARES. Está bien. Cuando del templo
la dama del manto salga...
Ya lo sabes...
MEDINA. Ciertamente.

Mas si alguno la acompaña...
OLIVARES. La sigues y...
MEDINA. Ya, ya entiendo:
en cualquier calle escusada...
OLIVARES. Discrecion y mano firme.
MEDINA. Podeis rezar por su alma.
OLIVARES. Golpe seguro.
MEDINA. Seguro
lo llevó Villamediana.
OLIVARES. Pero aun pudo en su agonía
escribir cuatro palabras
con su propia sangre, y pudo
perdernos.
MEDINA. Pero, á Dios gracias,
el escrito á vuestras manos
fue derecho y...
OLIVARES. No fue mala
suerte el que yo aquella noche
con un alcalde rondára,
cuando se halló su cadaver
tendido junto á las tapias,
cerrando el papel sangriento
entre sus manos crispadas.
MEDINA. Pero nunca me habeis dicho
lo que en él Villamediana
escribió al morir.
OLIVARES. Medina,
eso ya no importa nada.
Lo que importa es que esta noche
no escriba tambien la dama...
MEDINA. No dirá Jesus.
OLIVARES. Confio...
MEDINA. Podeis tener confianza.
OLIVARES. Pues á palacio en seguida;
mira que aguardo con ansia.
MEDINA. Grande es sin duda el servicio.
OLIVARES. No será menor la paga.
(*Medina, á una seña de Olivares, saluda y entra en la casa.*)

ESCENA VII.

OLIVARES.

OLIVARES. ¡Dura pension del poder!..
¡Oh! luchar... ¡siempre luchar!..
¡Enemigos por do quier!..
Mas no es fácil sorprender
á quien se empeña en velar.
Tú, con tu ardid estás hoy,
noble duquesa, en Madrid;
pero yo tambien lo estoy,
y han de luchar, por quien soy,
el ardid contra el ardid.
Quisiste, al dejar á Ocaña,
decir al rey, por mi mal:
«Miente Olivares... ¡Te engaña!
Por su culpa, el rey de España
no es ya rey de Portugal.»
¡Débil, incauta muger!..
vanos tus intentos son;
y muy pronto hemos de ver
si me arrancas el poder
ó te arranco el corazon. (*Se dirige al fondo.*)

ESCENA VIII.

OLIVARES, MARGARITA *por el fondo y con el velo echado.*

MARGARITA. ¡Ah!
(*Como con susto al encontrarse con Olivares.*)
OLIVARES. Señora, perdonad. (*Dejándola paso.*)
(¿Con velo?.. Es ella.)
MARGARITA. Id con Dios.
OLIVARES. Yo me holgara de ir con vos.
MARGARITA. Pláceme la soledad.
OLIVARES. Débeos ser muy halagüeña
esa soledad, señora,
cuando por aqui á tal hora
vais sin rodrigon ni dueña.

Mas, ya entiendo: alguna cita...

MARGARITA. Adios, que se me hace tarde.

OLIVARES. Un momento.

MARGARITA. Dios os guarde.

(*Se dirige al templo.*)

OLIVARES. (*Despues de un momento.*)
(¡Oh, qué idea!) ¡Margarita!

(*Margarita que empieza á subir las gradas, vuelve al punto la cabeza.*)

Bien; acerté vuestro nombre.

MARGARITA. (¡Gran Dios!)

OLIVARES. ¿Vais á San Martin?
Ya dan las tinieblas fin.
No vayais.

MARGARITA. ¿Quién es este hombre?
(*Dando algunos pasos hácia Olivares.*)

OLIVARES. (*Adelantándose.*) ¿Os habeis quedado muda?

MARGARITA. ¿Quién sois vos?

OLIVARES. Nada os importe:
soy... un cualquiera en la corte.

MARGARITA. ¿Conoceis?..

OLIVARES. Sí, á cierta viuda,
conocida en toda España,
que en secreto...

MARGARITA. Proseguid. (*Con turbacion.*)

OLIVARES. Vino ayer tarde á Madrid.

MARGARITA. ¿Desde dónde?

OLIVARES. Desde Ocaña.

MARGARITA. (¡Gran Dios! ¡Soy perdida!)

OLIVARES. (¡Oh! ¡Cuánto,
cuánto con su angustia gozo!)

MARGARITA. Echad abajo el embozo. (*Con imperio.*)

OLIVARES. Cuando echeis atrás el manto.

MARGARITA. ¿Y os atreveis?..

OLIVARES. Damas mil
van hoy sin velo; es de ley:
ved que lo ha mandado el rey.

MARGARITA. ¿Sois por ventura alguacil? (*Con ironía.*)

OLIVARES. Soy, señora, un poco mas:
un hombre que ve y observa,
que siente crecer la yerba;
soy...

MARGARITA. ¡El mismo Satanás!

OLIVARES. Bien decís. (*Riéndose.*)
MARGARITA. (Él es... ¡Ay Dios!
¡Quién otro pudiera... quién!)
Hidalgo, os conozco bien.
OLIVARES. Bien os conozco yo á vos.
MARGARITA. Causa sois de mis pesares...
OLIVARES. Mi nombre...
MARGARITA. ¡Nombre maldito!
Os llamais... el favorito... (*Con desprecio.*)
OLIVARES. Conde-duque de Olivares. (*Desembozándose.*)
MARGARITA. (No me engañé... ¡Siempre ese hombre!)
OLIVARES. Algo suspensa os dejó
mi nombre.
MARGARITA. (Me insulta, ¡oh!..)
Yo desprecio vuestro nombre.
OLIVARES. Nadie le humilló en el mundo;
nombre es que España respeta...
¿Quién no teme?..
MARGARITA. ¡Yo!.. La nieta
del gran Felipe Segundo.
(*Descubriéndose con arrogancia.*)
OLIVARES. Dama de la sangre real (*Saludándola con ironía.*)
que altas prendas atesora;
por el rey gobernadora
del reino de Portugal.
MARGARITA. Algun dia...—Ya hace meses, (*Con amargura.*)
que el rey, mi primo y señor,
no tiene gobernador
en dominios portugueses.
Alli fuimos soberanos;
mas, gracias á vos, despues
ese reino portugués
se nos fue de entre las manos.
¡Y por eso Margarita
sufre tantas penas hoy!..
OLIVARES. (*Como esquivando la conversacion.*)
¿Vais al templo?
MARGARITA. Al templo voy.
Tengo en el templo una cita.
OLIVARES. ¿En el mismo templo?.. A fe...
MARGARITA. Fuera de casa ó del templo,
mal segura me contemplo,
(*Con gran intencion.*)

y adivinad vos por qué.

OLIVARES. (Si yo pudiese obligarla
á volverse desde aqui
á Ocaña otra vez... Sí, sí...
¿Qué interés tengo en matarla?)

MARGARITA. (¿Qué estará tramando ahora?)

OLIVARES. (Asi triunfo y no asesino.)
Habeis hecho..... un desatino:
volved á Ocaña, señora.

MARGARITA. Conde-duque, delirais.

OLIVARES. Yo por vuestro bien lo anhelo.

MARGARITA. ¡Por mi bien!.. ¿No hay en el cielo
rayos de Dios!

OLIVARES. ¿Qué intentais?

MARGARITA. Ver al rey de cualquier modo.

OLIVARES. No lograreis acaso.

MARGARITA. (*Con altivez.*) ¿Quién ha de cerrarme el paso?

OLIVARES. (*Con frialdad.*) Yo, que aqui lo puedo todo.

MARGARITA. ¡Todo!.... (*Con amargura.*) Por eso, por eso
tanto en Ocaña he sufrido,
que soportar no he podido
de mi desventura el peso.
Ved estos párpados rojos
de llorar... ¿Os dan espanto!..
Es que han vertido por llanto
gotas de sangre mis ojos.
Sola en Ocaña ¡ay de mí!
faltóme en tan negro afan
hasta un pedazo de pan!..
(*Con desesperacion.*) ¡Oh! ¡Tuve hambre!

OLIVARES. ¡Vos!..

MARGARITA. Sí, sí,
¡hombre sin Dios y sin ley!..
¡Fuí de convento en convento
mendigando mi sustento!..

OLIVARES. ¡Vos!..

MARGARITA. ¡Yo!.. ¡La prima del rey!!

OLIVARES. Yo ignoraba... De hoy en mas
os juro... Tomad un coche...
Idos á Ocaña esta noche...

MARGARITA. Á palacio iré quizás.

OLIVARES. Duquesa, volved á Ocaña:
ya entrareis, cuando haya espacio,

como entrar debe en palacio
toda una infanta de España.

MARGARITA. Si no me abandona Dios,
entraré mañana... ¡Oh! sí...
Pronto el rey sabrá por mí...

OLIVARES. Nada el rey sabrá por vos.

MARGARITA. Sabrá por culpa de quién
no es ya suyo el Portugal.

OLIVARES. Vos... le gobernaistes mal...

MARGARITA. Y vos... le perdisteis bien.
(*Con amarga sonrisa.*)

OLIVARES. Pero...

MARGARITA. Basta ya. Cobarde
sois, aunque diestro adalid.
Hoy comienza nuestra lid...
¡Nunca para el bien fue tarde!

OLIVARES. Soy poderoso enemigo,

MARGARITA. ¡No siempre triunfó el poder!

OLIVARES. Sois una débil muger.

MARGARITA. ¡Dios combatirá conmigo!!

OLIVARES. Es muy desigual el duelo.

MARGARITA. (*Con orgullo.*) ¿Desigual?

OLIVARES. Yo en esta guerra
soy... el poder de la tierra.

MARGARITA. Yo la venganza del cielo.
(*Con solemnidad y dirigiéndose al templo.*)

OLIVARES. Pues que nadie os acompaña,
mi mano aceptad ahora.

MARGARITA. Sois... muy galan.

OLIVARES. Soy, señora,
español.

MARGARITA Judas de España. (*Subiendo.*)

OLIVARES. Si no lo habeis por enojo,
(*Queriendo asirla la mano.*)
mi mano hasta arriba...

MARGARITA. ¡Ah! ¡No!..
(*Desviando la mano con altivez y desprecio.*)

OLIVARES. ¿Quién ha de serviros? (*Insistiendo.*)

ESCENA IX.

MARGARITA, OLIVARES, QUEVEDO.

QUEVEDO. Yo.
(*Apareciendo entre las columnas y dando la mano á Margarita.*)
MARGARITA. Gracias. (*Á Quevedo con dulzara.*)
OLIVARES. (*Embozándose.*) (Él es... ¡Qué sonrojo!)
Con gusto la mano os dan,
(*Margarita sube las gradas. El conde-duque permanece abajo.*)
don Francisco de Quevedo.
QUEVEDO. Decir lo propio no puedo
yo á don Gaspar de Guzman.
OLIVARES. Jamás competí con vos:
vuestro ingenio y vuestra fama...
QUEVEDO. Ved que me espera esta dama.
OLIVARES. No os detengo.
QUEVEDO. Adios.
OLIVARES. (*Dirígese al centro de la plaza.*) Adios.
QUEVEDO. (*En el atrio.*) ¿Qué anhelais en tanto apuro?
MARGARITA. Ver al rey.
QUEVEDO. No encuentro modo...
MARGARITA. (*Con desesperacion.*) ¡Oh!
QUEVEDO. Mas le vereis con todo:
¡por mi salvacion lo juro!
(*Condúcela al interior del templo.*)
OLIVARES. Quien no convence, asesina.
No quiso á Ocaña volver...
Hice cuanto pude hacer...
Lo demas lo hará Medina.

ESCENA X.

OLIVARES *y* MEDINA, *que aparece á la puerta de la casa al tiempo que aquel se dirige á paso largo á la calle del fondo.*

MEDINA. (*En voz baja.*) ¿Conde-duque?
OLIVARES. ¡Y bien! (*Volviéndose.*)
MEDINA. Lo siento;
mas no la mato, señor.

OLIVARES. ¿Pues no dijistes, traidor?..
MEDINA. De lo dicho me arrepiento.
OLIVARES. ¿Y qué causa?..
MEDINA. No os asombre.
Cuanto hablasteis escuché:
de la dama el nombre sé,
y está muy alto su nombre.
OLIVARES. ¿Qué te importa?
MEDINA. ¡Friolera!
Su nombre, pardiez, me espanta;
no se asesina á una infanta
como á una muger cualquiera.
OLIVARES. Ya... comprendo. Cosa es clara:
si es que ha de ser bien vendida,
cuanto mas valga una vida
debe venderse mas cara...
Golpes das á mi tesoro
que han de agotarle quizás;
pero, en fin... pues quieres mas
oro... te daré mas oro.
MEDINA. No, no es oro lo que quiero.
OLIVARES. De escucharte me confundo.
MEDINA. Es que... no todo en el mundo
se paga con el dinero.
OLIVARES. Tambien te colmé de honores.
En palacio, como iguales,
te hablan damas principales
y principales señores.
Mira bien si bien te pago:
del polvo te alcé á la altura,
y hoy tu condicion oscura
tapa esa cruz de Santiago.
(*Señalando la capa de Medina.*)
MEDINA. No niego vuestra largueza.
OLIVARES. Pues á servirme... es tu oficio.
MEDINA. Es que exigís un servicio
en que arriesgo la cabeza.
OLIVARES. ¡Por mi vida!.. Esa traicion...
MEDINA. Os equivocais á fe;
yo á la infanta mataré...
mas con una condicion.
OLIVARES. ¿Condicion?.. Nunca recibo...
MEDINA. ¡Sin ella... por Lucifer,

que no mato á esa muger
aunque me desuellen vivo!

OLIVARES. (¡El infierno se desata
contra mí esta noche!)

MEDINA. En fin...

OLIVARES. (¡Alma cobarde y ruin!)
Dí tu condicion... y mata!

MEDINA. Para mi seguridad
he escrito arriba un papel:
falta vuestra firma en él;
este es el papel, firmad.

OLIVARES. ¿Qué dice?

MEDINA. Oid. (*Acercándose al farol.*)

OLIVARES. (¡Negra suerte!)
Ya la tardanza me irrita.

MEDINA. «A la infanta Margarita (*Leyendo.*)
darás hoy mismo la muerte.»

OLIVARES. ¡Vive Dios! (*Colérico.*)

MEDINA. Firmad y mato. (*Con frialdad.*)

OLIVARES. (¡Maldito seas amen!)
¡Nunca!.. A ese precio...

MEDINA. Esta bien:
otro lo hará mas barato.
(*Embozándose y en actitud de marchar.*)

OLIVARES. Traidor... ¿te vas?..

MEDINA. Ya mi hazana
es inútil, y me voy.

OLIVARES. (¡Oh! ¡Si ella no muere hoy
todo lo pierdo mañana!..)

MEDINA. Resolved.

OLIVARES. Oye, Medina. (*Preocupado.*)
(Yo voy á perder el juicio.)
Aunque es duro el sacrificio...
(¡Fuerza es conjurar mi ruina!)

MEDINA. Pues firmad.

OLIVARES. Dame el papel.
(*Dáselo Medina.*)
(¡Oh, su contacto me abrasa!)

MEDINA. Entrad, pues, en esa casa.

OLIVARES. (No hay medio... ¡Trance cruel!)
(*Dirigiéndose á la casa.*)

MEDINA. Luz os tengo en el portal
y recado de escribir:

con que...

OLIVARES. *(Entra.)* (¡Tal mengua sufrir!..)

MEDINA. (*Despues de una pausa.*)
No va el asunto muy mal.
Conde-duque, ello por ello.
Ya somos quién para quién.

(*Olivares sale y alarga el papel á Medina con señales de repugnancia y sin mirarle siquiera.*)

MEDINA. (*Acercándose al farol y leyendo.*)
«Olivares.»—Está bien.
(Tiene su firma y su sello.)
(*Echa el aliento al papel.*)

OLIVARES. (*Con amarga sonrisa.*)
Cuida bien que no se borre.

MEDINA. Pues, ya que os hice firmar...

OLIVARES. (*Con ferocidad.*) Falta solo...

MEDINA. (*Interrumpiéndole.*) Pues; matar:
y eso de mi cuenta corre.

OLIVARES. ¡En parte segura!

MEDINA. ¡Oh! sí.

OLIVARES. ¡Todo el puñal!

MEDINA. Eso es.

OLIVARES. ¡Líbrame de ella!
(*Marchándose y con una mirada terrible.*)
(Despues
yo me libraré de tí.) (*Vase por la calle del fondo.*)

ESCENA XI.

MEDINA, *despues* QUEVEDO.

MEDINA. Ya te tengo bien seguro.
Partes el crímen conmigo...
Partiré el poder contigo,
por mi puñal te lo juro.
Nuestra horrible comunion
hoy con sangre he de sellar...
¡Quiero mi ambicion saciar,
y alas diste á mi ambicion!..
Pues bien...—Alli se ve un bulto.
(*Mirando al templo.*)
Ya sin duda en San Martin

dieron las tinieblas fin.
Debo mantenerme oculto.
(Se oculta en la izquierda.)

QUEVEDO. *(Baja las gradas con preocupacion.)*
En palacio á la duquesa
por mi fe de caballero
prometí poner... Bien; pero
¿cómo cumplir mi promesa?
Con audacia...—¡Desatino!—
Por ardid...—Ese Guzman
es tan cauteloso y tan...
—Dios me enseñará camino.
—Con fuertes contrarios lucho...
Pueden y...—¡Tambien yo puedo!
—¿Quién me auxilia? ¿Quién?—¡Quevedo!!
Sí... sí...
(*Tocándose la frente y el pecho.*)
¡Los dos podeis mucho!
¡Grande el pensamiento aqui,
y aqui grande el corazon,
armas de victoria son...
venzo de seguro... sí!
—Tal vez no...—¡Sí!—No... comienzo
á dudar...—¡No!.. ¡venceré!!
—¿Cómo?.. Cómo!..—No lo sé;
pero... De seguro venzo!
(*Pausa.*)
La duquesa en su posada
me citó para las diez...
Ya encontraremos tal vez
puertas que la den entrada.
¡Por Dios! De cualquier modo,
la ha de ver su Magestad...
Pero antes debo... Es verdad;
debe calcularse todo.

(*Vase por el fondo despues de dirigir una mirada á las puertas del templo.*)

MEDINA. (*Observándole.*) Él es, y se aleja: bien.
Gente sale. (*Vuelve á esconderse.*)

ESCENA XII.

MEDINA (*oculto;*) MENDAÑA, CASTILLA *y* GRANA *saliendo del templo.*

MENDAÑA. Pues señor,
si á palacio vais, mejor:
yo á palacio voy tambien.
GRANA. ¿Y Quevedo?.. En algun lance...
MENDAÑA. Como está tambien abierta,
sin duda por la otra puerta
fuese, detrás de un romance.
GRANA. Por alli las damas van,
MENDAÑA. Mejor, si se fue trás ellas.
GRANA. Húbolas, á fe, muy bellas.
MENDAÑA. Mejor sin el manto estan.
GRANA. (*A Castilla.*) Triste andais vos.
CASTILLA. Sí, un acceso...
MENDAÑA. Nunca os encontré tan lacio.
CASTILLA. (*De mal humor.*) En fin, ¿vamos á palacio?
MENDAÑA. Lo mejor sin duda es eso.
(*Vánse los tres por la derecha.*)
MEDINA. ¿Qué escuché?.. Por la otra puerta
salen las damas... Quizás
ella tambien... ¡Satanás
túvola esta noche abierta!
(*Con furor.*)
Marchóse por ella... ¡Oh! ¡Sí!
Todo se ha perdido...
(*Margarita aparece á las puertas del templo.*)
¡Ah!.. ¡no!.. (*Con feroz alegría.*)
(*Medina se oculta. Margarita baja lentamente las gradas y despues se dirige como hablando consigo misma á la calle de la derecha.*)
MARGARITA. Solo en él confío... Yo
nada puedo hacer por mí.
MEDINA. (Llegó su vez al puñal.)
MARGARITA. No debo tener recelos...
¡Hoy velan por mí los cielos
y Dios me libra de mal! (*Dirígese á la derecha.*)

Ni se ve ni se oye nada.
¡Qué soledad!.. Tengo miedo...
(*Al volver Margarita la espalda, Medina se lanza detrás cautelosamente.*)
Es tarde... Tal vez Quevedo
se impacienta en mi posada.
Voy al punto..... ¡Qué rumor!..
(*Volviéndose á Medina que estará dos pasos.*)
¡Un hombre!.. ¡Atrás!.. ¿Qué quereis?

MEDINA. (*Haciendo un movimiento bajo la capa.*)
Vengo de paz...

MARGARITA. No os llegueis.

MEDINA. (*Lanzándose sobre ella puñal en mano.*)
A mataros.

MARGARITA. ¡Ah! (*Con terror.*)

QUEVEDO. (*Por el fondo.*) ¡Traidor!
(*Sujetándole el brazo con una mano.*)

MEDINA. (*Soltando el puñal.*) ¡Jesucristo!

QUEVEDO. Por allí.
(*Señalando á la duquesa la calle de la izquierda y sacando á Medina la espada.*)
Al punto os sigo. Alejaos.
(*Volviéndose á Medina que va á escapar y sujetándole por su capa.*)
¡Vos no os alejeis, quedaos!
(*Quevedo dirige otra vez los ojos á la calle por donde ha desaparecido Margarita, y en tanto Medina suelta la capa en sus manos.*)

MEDINA. ¡Oh! me salvé. (*Huyendo.*)

QUEVEDO. Quieto ahí.
(*Con voz de trueno y levantando la espada de Medina, que se queda inmóvil. Quevedo tira al suelo la capa de aquel y dice arrojándole su espada.*)
Ahora hierro contra hierro,
nueva lid.

MEDINA. Mas vuestro nombre...
(*Con acento trémulo.*)

QUEVEDO. (*Desenvainando.*) Si no lidiais como un hombre,
vais á morir como un perro.

MEDINA. (*Mirando al rededor como para buscar la fuga.*)
Ved... que... el duelo... no es igual.

QUEVEDO. La espada teneis desnuda.
MEDINA. Cierto...
QUEVEDO. Yo tambien.
MEDINA. Sin duda.
QUEVEDO. No ha ventaja pues.
MEDINA. Sí tal.
(¿Qué diré?..) Por de contado...
yo... estoy sin capa...
QUEVEDO. Es muy cierto.
MEDINA. ¿Conoceisme descubierto?
(*Señal afirmativa de Quevedo.*)
Yo..... no os conozco embozado.
QUEVEDO. Ya que tanto alambicais,
pronto una capa se quita.
(*Quevedo se desembaraza de la capa, y al arrojarla, Medina saca una pistola, dispara y se afogona el tiro.*)
MEDINA. ¡Ay de vos!..
(*Arrojando la pistola.*)
Suerte maldita.
QUEVEDO. Mala pólvora gastais.
(*Con frescura poniéndose en guardia en tanto que Medina cobra su espada y se defiende en retirada.*)
MEDINA. Que el cielo os maldiga á vos.
QUEVEDO. ¡Tiemblas!..
MEDINA. ¡De rabia!..
QUEVEDO. ¡De miedo!..
MEDINA. (*Con espanto y retrocediendo.*)
¡Oh! perdonadme.
QUEVEDO. No puedo.
MEDINA. ¡Ay!
(*Con voz ahogada y cayendo dentro en la calle de la derecha.*)
QUEVEDO. Que te perdone Dios.
(*Pausa.*)
He matado á un hombre.—Fue
con razon...—Sí... pero pesa
el crímen...—¡Ah! la duquesa...
por aqui la alcanzaré.
(*Toma la capa de Medina que está á sus pies, y vase por el fondo. La escena queda un momento sola. Despues aparece Margarita por la misma calle que tomó al marchar.*)

ESCENA ÚLTIMA.

MARGARITA, *luego* OLIVARES *y ronda.*

MARGARITA. Nada se oye... Tras de mí
(*Quédase á la esquina mirando y escuchando con inquietud.*)
dijo que iria... un momento
le aguardé tras del convento...
¡Muerta vengo!.. (*Apoyándose en la pared.*)
VOZ, *dentro.* Por aqui.
MARGARITA. ¡Oh, la ronda!.. (*Quiere huir y vacila.*)
ALCALDE. (*Dentro.*) Ved si acaso...

Mas un hombre en esta esquina
(*La calle de la izquierda aparece iluminada por la luz de una linterna.*)
yace tendido...
OLIVARES. (*Dentro y con rabia.*) ¡Es Medina!
MARGARITA. ¡Oh! no puedo dar un paso.
(*Asiéndose á la pared falta de aliento.*)
OLIVARES. (*Saliendo.*) ¡Por Jesucristo en la cruz!..
ALCALDE. (*A Olivares saliendo seguido de corchetes.*)
Muerto.
(*A los corchetes.*) Registradle.
OLIVARES. (*Deteniéndoles.*) No.
(Debo registrarle yo.)
(*Tropieza en la capa de Quevedo.*)
Mas ¿qué es esto? ¡Aqui la luz!
(*Recoge la capa.*)
¡Pronto, la luz necesito!..
ALCALDE. (*A los alguaciles y acercándose á Olivares.*)
Ved que el matador se escapa.
(*Los corchetes desaparecen por la derecha.*)
OLIVARES. De Quevedo es esta capa.
(*Con voz de trueno despues de mirarla con la linterna.*)
MARGARITA. (*Con terror.*) ¡Muerto!.. ¡Gran Dios!..
(*Vacila y cae dentro.*)
OLIVARES. Ese grito...
(*El alcalde se dirige á la izquierda y Olivares le sigue.*)
ALCALDE. (*Dentro.*) Una dama hay en el suelo.
OLIVARES. (*Asomándose á la esquina.*) Muerta?

ALCALDE. Desmayada.
OLIVARES. A ver...
(¡Oh! la infanta.) A esa muger
(*Al alcalde que sale.*)
nadie la levante el velo.
ALCALDE. Bien, señor.
OLIVARES. Una litera.
ALCALDE. (*A los corchetes que vuelven por la derecha.*)
Id por ella, y no tardeis. (*Vanse.*)
OLIVARES. Dentro á la dama pondreis...
¡mas sin mirarla siquiera!
ALCALDE. ¿Despues?
OLIVARES. (Mi triunfo es completo.)
Conducidla en breve espacio...
ALCALDE. ¿Dónde?
OLIVARES. A palacio.
ALCALDE. (*Con asombro.*) ¿A palacio?..
OLIVARES. Por el caracol secreto.
ALCALDE. ¿Quién la escolta?
OLIVARES. Solo vos.
ALCALDE. Mas vuecencia...
OLIVARES. Iré detrás.
(*Vase el alcalde por la izquierda.*)
Duquesa, á palacio vas...
¡Desde alli... sábelo Dios!
(*Dirígese con precipitacion hácia la calle donde cayó Medina y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del Buen-Retiro. Puerta en el fondo que por la derecha conduce á las habitaciones de Olivares y por la izquierda á la capilla. Á la derecha, en primer término, puerta que conduce á la escalera y corredores de palacio; á la izquierda, en primer término, la cámara de la reina; en segundo, la del rey. Es de noche: la escena está iluminada por un candelabro de cinco ramales colocado sobre un mueble de la época.

ESCENA I.

LA REINA, DOÑA INÉS.

REINA. Doña Inés, todo es inútil:
no hay en el mundo consuelo
para mí: padezco mucho,
porque inocente padezco.
¡Infeliz! Otras que sufren,
en su desventura, al menos,
viven ¡ay! con esperanzas...
yo sin esperanzas muero.

INÉS. Mas...

REINA. Con esperanzas locas,
es verdad, soñé algun tiempo:
se han desvanecido todas
por mi mal, y ya... no sueño.
El dolor vela... ¡Mis horas
son tan largas!.. Yo las cuento
por los ahogados latidos
de este corazon enfermo.

INÉS. No os aflijais...

REINA. Tantos dias,
tantas noches de tormento,

siempre lo mismo!..

INÉS. Señora...

REINA. Ni un instante de sosiego...
Viene el dia, y no reposo...
Viene la noche, y no duermo...
Si he de descansar... ¡Dios mio,
dame tu descanso eterno!

INÉS. ¡Cómo! ¿Llorais?

REINA. No, no lloro...

INÉS. No me lo negueis... no... Veo
húmedos ya vuestros ojos...

REINA. (*Con amargura.*) Pronto los verás bien secos.

INÉS. ¡Oh! ¡Qué horror!

REINA. Padezco mucho,
¡porque inocente padezco! (*Llorando.*)

INÉS. Inocente... ¿Y quién lo duda?..

REINA. Felipe... mi esposo... Miento;
ya no es el esposo... el rey...
¡Rey para mí bien severo!

INÉS. Si él vuestro amor comprendiera...

REINA. Nunca podrá comprenderlo.
Negras sospechas le turban;
y aunque es generoso y bueno,
para mí tan solo tiene
rencor y amargo desprecio.
Y es que ve sobre mi frente
ese imaginario sello
del crímen...

INÉS. ¿No ve ese llanto?..

REINA. Sus dudas le tienen ciego.

INÉS. Pues bien; habladle.

REINA. Es inútil;
sordo le tienen sus celos.

INÉS. Tal vez sus negras sospechas
se disipen con el tiempo.

REINA. Imposible: cada dia
toman, doña Inés, mas cuerpo;
y es natural: Olivares,
por odios que no comprendo,
le habla siempre de ese crímen...

INÉS. Pura invencion del infierno.
Vos sois la virtud, señora.

REINA. Mi virtud... es un misterio:

Tú solamente lo sabes.
INÉS. No, tambien lo sabe el cielo.
Esperad en él...
REINA. Es tarde:
para mi mal no hay remedio.
INÉS. Si al rey llegara ese escrito...
REINA. ¿Cuál?
INÉS. El del conde.
REINA. ¡Silencio!..
¡No pronuncieis ese nombre!..
¡Villamediana!.. Su espectro
me persigue noche y dia,
cual tenaz remordimiento.
INÉS. Sois inocente.
REINA. Inocente...
mas dí causa, sin saberlo,
á que el buen Villamediana
fuese á puñaladas muerto.
INÉS. Celos del rey le mataron.
REINA. ¿Quién dió pábulo á esos celos?
INÉS. Dicen que el conde os amaba...
REINA. Pues calló prudente y cuerdo.
Y si ese amor desdichado,
fue, como suponen, cierto,
jamás la Reina lo supo,
y en la tumba está el secreto.
INÉS. No... que el conde moribundo
se arrancó el puñal del pecho...
REINA. ¡Calla!
INÉS. ¡Y con su propia sangre
pudo escribir...
REINA. ¡Tal recuerdo!..
INÉS. Puede salvaros... El conde
dicen que escribió un momento
con su sangre... y ese escrito
se encontró sobre su cuerpo.
REINA. ¡Desdichado!..
INÉS. Vos, señora,
sois pura, y lo sabe el cielo.
REINA. ¿Cómo hacer que el rey lo sepa?
INÉS. Con ese escrito sangriento.
REINA. ¡Ay! en manos de Olivares
cayó, segun dicen... Cierto...

ese papel ya no existe...
le habrá consumido el fuego.

INÉS. ¿Eso temeis?

REINA. Olivares
goza en mis padecimientos...
¿Por qué me aborrece ese hombre?

INÉS. *(Mirando al fondo.)* Viene hácia aqui.

REINA. Retirémonos.

ESCENA II.

Dichas y OLIVARES *que entra por el fondo.*

OLIVARES. Si mi presencia importuna...

REINA. No, conde-duque. (*Con violencia.*)

OLIVARES. Sospecho
que su Magestad se aleja
solo porque yo me acerco.

REINA. Yo...

INÉS. La reina está indispuesta.

OLIVARES. Sabe Dios cuánto lo siento.

REINA. Gracias.

OLIVARES. (¿Sabrá la venida
de la duquesa? Indaguemos.)

REINA. ¿Cómo está el rey?

OLIVARES. Siempre triste.

REINA. ¡No le he visto en tanto tiempo!..

OLIVARES. La duquesa Margarita...
(*Mirando fijamente á la Reina.*)

REINA. ¡Aun sola en Ocaña! (*Con acento de dolor.*)

OLIVARES. Cierto.

REINA. Haced que vuelva á la corte;
dadme ese dulce consuelo:
que vuelva... ¡Me quiere tanto!..
¡tanto como yo la quiero!
Prima del alma... ¡Es tan buena!..
Sí, sí, que vuelva al momento...
¡Oh!.. ¿Lo hareis?

OLIVARES. Si no os enoja,
de conversacion mudemos.
(Pausa.)

REINA. Yo de otra cosa os hablára....

¿Me comprendeis?..

OLIVARES. Os comprendo.

REINA. Pues ese sangriento escrito...

OLIVARES. Sangriento, es verdad, sangriento.

REINA. ¿Con que existe, pues?

OLIVARES. Existe.

REINA. ¿Lo teneis vos?..

OLIVARES. Yo lo tengo:
ya os lo repetí mil veces.

REINA. Entregádmele.

OLIVARES. No puedo.

REINA. Prueba la inocencia mia...

OLIVARES. No del todo, segun pienso.

REINA. (*Con altivez.*) ¡Conde-duque!

OLIVARES. (*Con hipocresía.*) Para mí
sois de virtudes modelo;
mas el rey...

REINA. Dadle ese escrito.

OLIVARES. Ya se lo daré á su tiempo.
Para darle la triaca
dejad que apure el veneno...
Hoy las sospechas le acosan...
ya se irán desvaneciendo...
—Y entonces verá ese escrito
ya sin prevencion, y espero...

REINA. Es que van ya muchos años
desde que vivo muriendo,
despreciada de mi esposo...
que escucha vuestros consejos. (*Con intencion.*)
Y en palacio, viuda y sola,
sufro su amargo desprecio,
porque aduladores viles
(*Con exaltacion.*)
le han trastornado el cerebro!

OLIVARES. ¡Qué exaltacion!.. Ved, señora,
que está débil en estremo
vuestra salud...

REINA. ¡Conde-duque,
no insulteis mi sufrimiento!

OLIVARES. Vamos á otra cosa. El príncipe
niño, sucesor del reino,
por su edad...

REINA. ¡Hijo del alma!

OLIVARES. Ya del regazo materno
debe separarse.
REINA. ¡Oh, nunca!
OLIVARES. Es el príncipe heredero;
y ha resuelto el rey su padre,
—¿lo oís? el rey lo ha resuelto—
darle servidumbre propia,
libros, armas y maestros;
y por fin cámara digna
de su carácter escelso...
REINA. (*Con desesperacion.*) ¡Me arrancais el hijo mio!
OLIVARES. (*Con frialdad.*) Elegid el aposento
que mas le cuadre en palacio.
REINA. (*Ocultando la cabeza entre las manos.*)
¡Gran Dios!
OLIVARES. Yo os iré diciendo:
El del jardin... el de Osorio...
el de Ripalda... el de Lemus...
el de Borja... el de la Infanta...
elegid...
REINA. (*Con arrogancia.*) Elijo... el vuestro!
OLIVARES. ¡Cómo!
REINA. Ocupais en palacio
el mas ostentoso y regio...
y entre príncipe y vasallo
lo primero es lo primero.

(*La Reina se retira por la puerta de su cámara. Doña Inés la sigue despues. Olivares la contempla con ademan terrible.*)

INÉS. (*Suplicante.*) ¡Oh! ¡respetadla!...
OLIVARES. (*Confuror.*) ¡Me arroja
de aqui!.. ¡Por Dios la prometo!..
INÉS. ¡No!.. ¿Qué intentais?..
OLIVARES. (*Reprimiéndose y con una sonrisa.*)
Nada, nada...
buscar otro alojamiento.

ESCENA III.

OLIVARES.

«Entre príncipe y vasallo
lo primero es lo primero,»

me dijo y callé...—Sí; pero
yo, para obrar, siempre callo.
—¡Vasallo quien da la ley!..
Reina, me hiciste un ultraje;
que no rinde vasallaje
quien hizo vasallo al rey.
—¿Qué genio malo te acosa?
¿Cómo no te dice el alma
que quien destruyó tu calma
aun puede hacerte dichosa?
Débil, incauta muger...
En tu desamparo triste,
nunca tan altiva fuiste...
—Ni lo volverás á ser.
Yo tu dicha tengo aqui:
sí, se encierra en esta carta
sangrienta, que no se aparta
ni un solo instante de mí.
(*Pausa.*)
El rey te abrirá sus brazos
si á ver llega tal escrito;
mas primero el favorito
se lo comerá en pedazos.
—Te amaba el rey con pasion...
mas roto el lazo nupcial
por mi astucia, sin rival
reino yo en su corazon.
—Nadie mi secreto sabe:
muerto Medina, segura
guardará en la sepultura
de este secreto la llave.
—Medina... ¡Fatal recuerdo!..
El papel que me arrancó
¿dónde ese hombre lo guardó?
Si alguien da con él, me pierdo.
La incertidumbre me abrasa...
—No; lo que pensé es verdad:
para mas seguridad
lo guardó en aquella casa.
Sí; mi presuncion es cierta:
el papel oculto está
dentro de la casa... y ya
sellé yo mismo la puerta.

Y no sé por qué me apuro...
Mañana busco el papel
en la casa, y doy con él...
sí, doy con él, de seguro.
Todo va bien. La duquesa
se halla, pues, á buen recaudo,
y yo por el fin me aplaudo
de tan arriesgada empresa.
(*Mirando á la derecha.*)
Pero alli viene Mendaña
con el marqués y don Juan
de Castilla; siempre van
juntos en buena compaña.
Y por Dios que el tal Castilla
tiene lengua de escorpion,
y hácia mí poca aficion,
segun cuentos de la villa.

ESCENA IV.

OLIVARES; MENDAÑA, GRANA *y* CASTILLA *por la derecha.*

(*Al entrar, Mendaña se dirige á Olivares con solicitud exagerada; Grana le saluda afectuoso, y Castilla hace una leve inclinacion y se queda algo separado del grupo.*)

OLIVARES. Buenas noches, caballeros.
MENDAÑA. Que el cielo os guarde, señor.
OLIVARES. Solo me encontrais.
MENDAÑA. Mejor.
OLIVARES. Mucho me contenta el veros.
GRANA. Gracias.
MENDAÑA. Honor singular.
OLIVARES. Triste anduve todo el dia.
MENDAÑA. Mejor...
GRANA. (*Interrumpiéndole.*) ¿Qué?
MENDAÑA. Mejor seria
que os fueseis á descansar.
OLIVARES. No, son tristezas...
CASTILLA. (¡Historia!)
OLIVARES. Y de divertirlas trato.
Con que, hablemos pues un rato.
MENDAÑA. Rato mejor... ni en la Gloria.

CASTILLA. (Tanta humillacion ya es mengua.)
OLIVARES. Contadme algo de la villa
los tres...—los dos; pues Castilla
(*Con intencion.*)
se ha venido sin la lengua.
(*Castilla se encoge de hombros desdeñosamente.*)
¿Nada respondeis? (*Al mismo.*)
MENDAÑA. (*Idem.*) ¡Don Juan!..
OLIVARES. ¿No me hablais?.. Ved que yo os hablo.
CASTILLA. (Lleve tu palabra el diablo.)
GRANA. (*Aparte á Mendaña.*)
(Mucho me temo un desman.)
MENDAÑA. ¡Al ministro!..
CASTILLA. (Fuera mengua...)
OLIVARES. Responded.
GRANA. (Mal humor gasta.)
CASTILLA. Vos lo dijisteis, y basta: (*Desentonado.*)
me he venido sin la lengua.
OLIVARES. (*Reprimiéndose á duras penas.*)
Ligero anduve en decir,
y mi error he conocido.
Con lengua os habeis venido...
(*Con cólera.*)
¡Sin lengua os debierais ir!
(*Olivares se retira por el fondo con aire sombrío, seguido de Grana y Mendaña.*)

ESCENA V.

CASTILLA, *despues* QUEVEDO.

CASTILLA. ¡Vive Dios! Me la arrancára
yo mismo, juro á mi nombre,
porque no ha lanzado á ese hombre
cien insultos á la cara!
(*Quevedo entra por la derecha en el mayor desórden y pasa junto á Castilla sin reparar en él, yendo á quedarse en medio de la escena como abismado en sus pensamientos.*)
¡Por Cristo en la Cruz!..—¡Quevedo!..
A ocasion dichosa viene;
quiero hablarle... Mas, ¿qué tiene?
(*Observándole.*)
Su rostro me infunde miedo.

Desde aqui le he de observar.
¡Qué temblor!

QUEVEDO. (*Con acento concentrado.*) ¡Pesquisa vana!
(*Despues de una pausa, y con estravío.*)
—¡Ruin inteligencia humana,
no sabes adivinar!
(*Pausa.*)
¡Oh! me pierdo en el abismo
de mi propia confusion,
y vacila mi razon.

CASTILLA. (¿Qué hablará consigo mismo?)

QUEVEDO. Ni en la calle ni en su casa
dar he podido con ella...
—¡Si... nació con mala estrella!..
Tal vez...—Mi frente se abrasa.—
La libré de un asesino,
y otro quizás tan cruel
la mató...—¡Mísero de él
si le encuentro en mi camino!
¡Muerta!.. No... Presa, quizás...
Olivares... Él la esconde...
Sí, sí... ¿Pero en dónde? en dónde?
(*Como fuera de sí.*)
Mas!.. razon, discurre mas!
Tú, de tan altas ideas
creadora... oh!... mente mia,
si hallas luz, alumbra y guia!..
y si no... si no, maldita seas!
(*Quédase abismado y con la cabeza baja.*)

ESCENA VI.

Dichos, MENDAÑA *y* GRANA *que salen por el fondo, derecha.*

(*Castilla, al verlos, les hace señas para que guarden silencio.*)

GRANA. Calla... Quevedo...

MENDAÑA. Mejor:
nos dirá alguna letrilla.

GRANA. Señas nos hace Castilla.

MENDAÑA. Chist... al buen entendedor...

(*Mendaña y Grana durante esta escena hablan como si quisieran no ser oidos.*)

GRANA. Entendido.
MENDAÑA. Claro está.
Don Francisco en este instante
busca un feroz consonante.
Mejor.
GRANA. Pues le encontrará.
No le interrumpamos pues.
MENDAÑA. Eso es lo mejor.
CASTILLA. (*Como si quisiera clavarlos con la vista.*)
Ahi, quietos.
MENDAÑA. Lo menos, quince sonetos
nos guarda para despues.
QUEVEDO. Nada, ó salvarla ó morir.
CASTILLA. (Es ya mucho meditar.)
QUEVEDO. ¡Sí, sí, sí!
CASTILLA. (Me hace temblar.)
MENDAÑA. Mucho nos hará reir.
QUEVEDO. ¡Gran Dios, un rayo de luz
entre tanta oscuridad!
MENDAÑA. Pero, ¿qué miro?.. Es verdad...
brilla en su capa una cruz.
GRANA. Y es la de Santiago... Pero
¿cuándo el hábito alcanzó?
QUEVEDO. Mis sienes estallan... ¡Oh!
MENDAÑA. Hoy, sin duda, caballero
le hizo Olivares y... Ved:
ya con su cruz de Santiago,
versos le dedica, en pago
de tan cumplida merced.
QUEVEDO. ¡Terrible será la lucha!
—Bien... ¡Me sobra corazon!
(Quevedo, al decir esto, se vuelve y se encuentra entre Mendaña, Grana y Castilla, que han ido acercándose lentamente, aquellos por la izquierda y este por la derecha.)
¿Quién es?.. (*Sorprendido.*)
MENDAÑA. (*Con un grito de júbilo.*)
Letrilla!.. Atencion.
¿Tendrá gracia? (*Á Quevedo.*)
QUEVEDO. *(Temblando y con risa sardónica.)*
¡Mucha, mucha!
Tiene tanta... que yo mismo...
crujo de risa. (*Risa convulsiva.*)
MENDAÑA. Al instante,

recitádnosla.—Picante
será?..

QUEVEDO. Mas que un sinapismo.

MENDAÑA. ¿La acabasteis?

QUEVEDO. Falta poco.

MENDAÑA. ¿Sátira...

QUEVEDO. (*Con rabia.*) Contra los necios.
(*Reprimiéndose y echando á reir de nuevo.*)
¡Qué golpes les doy tan recios!

MENDAÑA. Siempre alegre!

CASTILLA. (Ó siempre loco.)

QUEVEDO. (¡Cuánto sufro!)

MENDAÑA. Nadie triste
puede estar donde esteis vos.
Hacednos reir...

QUEVEDO. *Estremeciéndose.*) (¡Ay Dios!)

MENDAÑA. Con un chiste.

QUEVEDO. Con un chiste
quisiera haceros reir,
y reir hasta rabiar,
y de risa reventar
y á risotadas morir!

GRANA. ¡Qué ocurrencia! (*Con estrañeza.*)

MENDAÑA. Me enamora;
nadie las tiene mejores.

QUEVEDO. (¡Necios!)

INÉS. (*Saliendo.*) La Reina, señores.

ESCENA VII.

Dichos, la REINA *y* DOÑA INÉS *que salen de su cámara, despues* OLIVARES.

GRANA. ¿Dónde irá la Reina ahora?

QUEVEDO. (¡Pobre mártir!) (*Mirándola con dolor.*)

REINA. (*A Inés.*) Pon mi silla.
(*Doña Inés se dirige á la capilla. Los cuatro hacen una reverencia á la Reina.*)
Adios. (*Saludándoles.*)
Orando un momento
voy á ver el monumento
que hoy adorna mi capilla.
(*Dirígese á ella.*)

CASTILLA. Siempre triste. (*A Quevedo.*)
QUEVEDO. A Dios le plugo.
(¡Pobre víctima!)
(*Reparando en Olivares, que sale por el fondo derecha y se dirige á la Reina.*)
(¿Esto mas?)
OLIVARES. Señora. (*Saludando.*)
QUEVEDO. (¡Siempre detrás
de la víctima el verdugo!)
OLIVARES. ¿Vais á orar?
REINA. ¿Es cosa estraña?
La oracion presta consuelo.
OLIVARES. ¿Ireis á pedir al cielo...
REINA. (*Interrumpiéndole.*) La felicidad de España.
OLIVARES. Que eso le pidais es llano;
y eso le pedimos todos.
REINA. Sí, de diferentes modos.
QUEVEDO. (Téngame Dios de su mano.)
(*La Reina se halla en el fondo: Olivares á su izquierda, y los demas á su derecha, siendo Mendaña el mas próximo.*)
OLIVARES. Si oye Dios vuestra plegaria
cuando orais en la capilla,
¡lástima que vuestra silla
(*Con intencion.*)
esté alli tan solitaria!
REINA. (*Con exaltacion y dolor.*)
Otra tuvo de igual porte
en esa mansion bendita...
OLIVARES. ¿Quién?..
REINA. (*Mirando á su alrededor y como sintiendo haber dicho demasiado.*)
La infanta... Margarita...
QUEVEDO. (*Aparte á la Reina y por detrás de Mendaña, volviendo á quedarse en su puesto inmediatamente.*)
(Dicen que se halla en la corte.)
(*La Reina, al oir á Quevedo, vuelve la cabeza y se fija en Mendaña.*)
MENDAÑA. Cómo me mira... ¡Mejor!
REINA. (*Agitada.*) (¿Será cierto lo que oí!)
(*A todos y fuera de sí.*)
¿Es cierto?.. es cierto?..
QUEVEDO. (*Con énfasis é intencion.*) Sí!
(*Con indiferencia.*) Sí...

Silla tuvo...

OLIVARES. Es un error.

REINA. (*Mirando á Quevedo, el cual se ha quedado inmóvil aparentando la mayor frialdad.*)
(Comprendo... Quevedo ha sido
quien en voz baja...)

OLIVARES. La tuvo
el Rey...

REINA. (A mi lado estuvo...
él fué quien me habló al oido.)

(*La Reina se dirige hácia la capilla con los ojos fijos en Quevedo.—Olivares hace un movimiento como para detenerla.*)

OLIVARES. Yo una súplica he de haceros.

REINA. Decid. (¿Cómo hablar á ese hombre?)

OLIVARES. Os la dirijo en mi nombre
y en el de estos caballeros.—
Pues sola vais á marcharos
hácia la capilla ahora,
¿nos concedereis, señora,
el honor de acompañaros?

REINA. Pláceme la cortesía,
y acepto. (Hablaré con él.)

OLIVARES. Pues todos hasta el cancel
os haremos compañía.

(*Mendaña, Castilla y Grana se inclinan en señal de asentimiento.—Quevedo se va apartando poco á poco hasta quedarse junto á la puerta de la derecha.*)

REINA. Gracias.

OLIVARES. Es nuestro el honor.

REINA. (Me colocaré á su lado.)

OLIVARES. Para hacer mas señalado
tan eminente favor,
un caballero escoged...
su mano hasta alli aceptad.

REINA. Sí, sí... (*Con visibles muestras de alegría.*)

OLIVARES. Dichoso en verdad
el que obtenga tal merced.

(*Todos se inclinan, menos Quevedo.*)

QUEVEDO. (Ya estan de orgullo beodos.)

OLIVARES. (*Mirando á la Reina con aire de triunfo.*)
(Hoy mi mano has de tocar.
(*Á la Reina.*)
A esa distincion sin par

todos aspiramos... (*Recalcando.*) todos.
(*Inclínanse de nuevo.*)

REINA. (*Mirando al rededor.*)
Todos... ¿Menos vos, Quevedo?

QUEVEDO. Yo, incapaz de merecerla,
(*Con intencion, mirando á Olivares.*)
nunca osara pretenderla.

REINA. (*Con espresion de dulzura.*)
Pues á vos... os la concedo.

(*Quevedo se adelanta hácia la Reina y todos le abren paso. Al llegar á ella, que le alarga la mano, dobla una rodilla y besa.*)

QUEVEDO. (*Con emocion.*) Pues tal honra merecí...
(*Levantándose y mudando de tono repentinamente.*)
Gracias, Olivares.
(*Movimiento de este.*)
¡Oh!..
¡Brava idea os ocurrió!..
—Mas otra me ocurre á mí.
Sin pages la Reina está?
Sola viene... Y es costumbre
que su camino se alumbre
cuando á la capilla vá...

OLIVARES. Esa observacion... (*Con disgusto.*)

CASTILLA. (*Con viveza.*) Es cierta.
(*La Reina mira á Quevedo con curiosidad.*)

QUEVEDO. Pues, cual buenos servidores,
justo es que todos, señores,
(*Recalcando tambien el* todos.)
la alumbreis hasta la puerta.
Luces... (*Señalando al candelabro.*)

MENDAÑA. ¡Ocurrencia sabia!

(*Tomando una luz de las cinco que habrá en el candelabro; accion que imitan los demas, menos Olivares, que mira á Quevedo con asombro.*)

QUEVEDO. (*Con frialdad á Olivares.*)
Otra queda para vos...
Y, si os place, aun quedan dos...

OLIVARES. ¡Bien contais!

(*Tomando furioso y con mano trémula una de las dos luces que quedan, como dominado por la mirada de Quevedo.*)

QUEVEDO. (Tiembla de rabia.)

REINA. (*A Olivares, Mendaña, Castilla y Grana, que la*

rodean con las luces, pero sin dejar de mirar á Quevedo.)
Gracias, gracias.

QUEVEDO. (*Idem.*) Bien, por Dios!..
Alumbrad.—Sois, caballeros,
escelentes...
(*Inclínanse Mendaña, Grana y Castilla.*)
(*Con tono incisivo y amargo.*) candeleros!..
(*Idem á Olivares y señalándole con el dedo.*)
Y el mas escelente... vos!

(*Olivares se inclina tambien con despecho. Quevedo, que ha dado la mano á la Reina, se dirige á la capilla entre los cuatro alumbradores, que se colocan á la puerta para darles paso, entrando tambien despues. Al desaparecer la comitiva, se presenta el capitan por la derecha haciéndose cruces.*)

ESCENA VIII.

CAPITAN, *luego los mismos, menos la* REINA.

CAPITAN. (*Despues de seguirlos con la vista.*)
¿Qué es esto?—¡Vaya un retablo!
Todos van en procesion...
cosas de Quevedo son...
Si es el mismísimo diablo.
Cuando empieza... Qué pedrisco!..
Cada letra es una pulla...
—Y Olivares... Pues, de bulla...
le divierte don Francisco.

(*Viendo salir á Olivares, que vuelve; despues aparecen Mendaña, Grana y Castilla, que traen en medio á Quevedo.*)
Hola, bien: me haré presente.

OLIVARES. *Con apresuramiento.*) Capitan, estad alerta
á mi voz, junto á esa puerta.
(*Señalando la derecha.*)

CAPITAN. ¿Solo?

OLIVARES. No, con vuestra gente. (*Vase el capitan.*)
(*Mirando á Quevedo con ferocidad.*)
(Caro pagará el desman.)

GRANA. (*A Quevedo.*) Recibid mi parabien.

MENDAÑA. (*Idem.*) De Santiago... Bien, muy bien.

QUEVEDO. (*Preocupado.*) (¿Qué habrá dicho al capitan?)

OLIVARES. (*A Quevedo.*) Bien tocais vuestros registros.
QUEVEDO. Nunca me voy por las ramas.
OLIVARES. Muy bien os va con las damas.
QUEVEDO. Y mejor con los ministros.
MENDAÑA. Dígalo si no...
(*Yendo á señalar la cruz que lleva Quevedo en la capa.*)
GRANA. (*A Quevedo.*) Contento
estareis; os da valía.
QUEVEDO. (No los comprendo á fe mia.)
(*Mira alternativamente á los dos.*)
MENDAÑA. Os la columbré al momento.
GRANA. La mereceis.
MENDAÑA. ¿Quién lo ignora?
OLIVARES. (Maldito si entiendo nada.)
MENDAÑA. ¡Y os está... que ni pintada!
QUEVEDO. (¡Menos los entiendo ahora!)
GRANA. El talento es una mira.
(*Poniendo en el hombro la mano á Quevedo, que le mira con asombro.*)
MENDAÑA. (*A Olivares.*) Mirad... Ya puesta la tiene.
OLIVARES. ¡Cómo!.. (Esa cruz... ¡Oh! se viene
(*Con gozo feroz.*)
con la capa de Medina.)
QUEVEDO. (¡Me ahogo!)
(*Adelantándose del grupo con marcado fastidio.*)
OLIVARES. (*Ap. á Grana que se dirige á hablar á Quevedo.*)
Callad.
(*Idem á Mendaña.*) ¡Silencio!
QUEVEDO. (¡Pues á nacer hallas prontos
con tal perfeccion los tontos,
yo, gran Dios, te reverencio!)
MENDAÑA. (*A Olivares.*) Ya... le tendreis que pedir
versos por tan gran favor...
OLIVARES. Tengo que hablarle.
MENDAÑA. Mejor,
mejor... Os hará reir.
OLIVARES. Pronto acabamos á fe.
QUEVEDO. (Esperanzas... y temores!..)
OLIVARES. A mi habitacion, señores;
yo mismo os conduciré. (*Dirígense.*)
(*Mirando á Quevedo al marchar.*)
(No saldrás bien de este apuro.)
QUEVEDO. (*Con tono brusco.*) A solas tengo que hablaros.

OLIVARES. Ya pensaba yo en buscaros.
QUEVEDO. (¡Yo saldré á puerto seguro!..
—¡Si no muero entre las olas!!)
(*A Olivares, que aun permanece observándole desde la puerta.*)
Os aguardo aqui.
OLIVARES. Está bien;
vuelvo al punto: yo tambien
tengo que hablaros á solas.
(*Entra en su cámara.*)

ESCENA IX.

QUEVEDO.

Dios nos clava frente á frente.
—Para leer en lo escondido
de ese corazon podrido,
Dios alumbrará mi mente.—
Valedor de la duquesa,
debo salvarla, ó morir...
—Lo primero es inquirir
en dónde la tiene presa.
—¡Presa!.. ¿Quién sabe?.. Es verdad:
en su vengativa saña
tal vez la condujo á Ocaña...
¡Ó la hundió en la eternidad!
—No, no... Tan negro delito
deja helado el corazon...
—Cabe en la ruin ambicion
de ese torpe favorito.
La dió muerte... ¡Ah! De los dos
uno tambien morirá...
Él... y muy pronto será...
Mísero de él!..
(*Con desvarío.*) Sí, gran Dios!..
¡Si he de morir á las penas
de tu Infierno condenado,
muera rojo y remojado
con la sangre de sus venas!..
(*Apóyase convulsivamente en el mueble donde se halle el candelabro, en el cual habrá ya una luz solamente, y aparece Olivares.*)

ESCENA X.

QUEVEDO, OLIVARES.

OLIVARES. (Hoy me le entrega esa cruz)
(*Se acerca lentamente.*)
QUEVEDO. ¡Oh!.. (*Con angustia y furor.*)
OLIVARES. (Pero le siento hablar.)
QUEVEDO. (*Fuera de sí.*) ¡Es necesario matar!..
OLIVARES. ¡Matar!.. (*Á Quevedo con estrañeza.*)
QUEVEDO. (*Soplando inmediatamente la luz y con acento de indiferencia.*)
Sí, matar la luz.
(*La escena queda en tinieblas.*)
OLIVARES. Luces. (*Acercándose á la puerta de la derecha.*)
QUEVEDO. (Bien... me importa poco;
(*Pasándose la mano por la frente.*)
ya mi rostro está sereno...
Oiste y no viste... Bueno.) (*Entran luces.*)
OLIVARES. (Ó es muy hábil ó muy loco.)
Ya con luces... (*Á Quevedo.*)
QUEVEDO. Sí... se ve:
(pero no mi turbacion.)
OLIVARES. Ocurrencias vuestras son;
matar la luz... ¿para qué?
QUEVEDO. Segun las reglas seguras
de un autor que de eso trata,
siempre que la luz se mata,
es... para quedarse á oscuras.
OLIVARES. Esta noche estais de humor.
QUEVEDO. Sí; porque volcó mi coche.
OLIVARES. Noto ademas que esta noche,
Quevedo, estais... matador.
QUEVEDO. (Sí; lo dice por Medina.)
¿Ya sabeis?..
OLIVARES. ¿Qué duda cabe?
Todo en el mundo se sabe.
QUEVEDO. Pues; y si no, se adivina.
OLIVARES. Vos, segun llego á saber,
sois de un hombre el asesino.
QUEVEDO. Y, por lo que yo adivino,

vos lo sois de una muger.

OLIVARES. ¿Vuestras pruebas dónde estan?

QUEVEDO. ¿Y las vuestras?

OLIVARES. Quedo, quedo;
deme las suyas Quevedo.

QUEVEDO. Deme las suyas Guzman.

OLIVARES. ¿Y Medina?

QUEVEDO. ¿Y la Duquesa?

OLIVARES. No nos entendemos pues.

QUEVEDO. Lástima, lástima es.

OLIVARES. Mucho por cierto me pesa.

QUEVEDO. Tengo pruebas y no en vano.

OLIVARES. Pues las tendremos los dos.

QUEVEDO. ¿Y dónde teneislas vos?

OLIVARES. ¿Yo? Las tengo ya en la mano.
(*Poniéndola sobre la cruz de Quevedo.*)

QUEVEDO. La conservais tan cerrada...

OLIVARES. Vaya, al seguir una pista,
como sois corto de vista,
nunca reparais en nada.

QUEVEDO. ¿Qué quereis decir?

OLIVARES. Os digo
que un hombre por vos fue muerto.

QUEVEDO. ¿Me dais pruebas?

OLIVARES. Os lo advierto:
pruebas os daré y castigo.
(*Quevedo se encoge de hombros.*)
Escuchad con atencion:
siempre que es muerto un cristiano
(*Con lentitud.*)
al golpe de agena mano
sin hacer su confesion;
los vivos, que en la infinita
bondad esperan con fe,
donde el hombre muerto fue
clavan una cruz bendita.

QUEVEDO. (*Interrumpiendo.*) Si no hallais mejores modos
de probar...

OLIVARES. Y esa cruz santa,
lúgubre alli se levanta,
para repetir á todos,
—por tragedia tan cruel
del cielo invocando el nombre,—

«¡Aqui mataron á un hombre...
rogad al cielo por él!»

QUEVEDO. (*Con estrañeza.*) A mi comprension se escapa
vuestra idea y... dadme luz;
porque esa cruz...

OLIVARES. Esa cruz...
La llevais en vuestra capa.
(*Pónesela delante de los ojos.*)

QUEVEDO. (*Asiendo la capa con ambas manos.*)
¿Qué miro? ¡Gran Dios!..

OLIVARES. (*Con solemnidad hipócrita.*)
El dedo
de Dios sigue al que asesina.

QUEVEDO. (*Con desesperacion.*)
¡Es la capa de Medina!

OLIVARES. (*Lo mismo que antes.*)
¡Hoy le asesinó Quevedo!
(*Pausa.*)
Pues ya mis pruebas os dí,
á dar mis órdenes voy.
Capitan. (*Con voz de trueno.*)

QUEVEDO. ¡Perdido estoy!

ESCENA XI.

Dichos y CASTILLA, MENDAÑA, GRANA *por el fondo; despues* CAPITAN *con guardias por la derecha.*

CASTILLA. (*Entrando.*) (¿Qué diablos sucede aqui?)

OLIVARES. Llegais á tiempo, señores.

(*Dirígese á la puerta de la derecha con impaciencia. Los otros tres se miran con estrañeza y encogiéndose de hombros.*)

QUEVEDO. (¡Su capa!.. ¡Cambio funesto!..
(*La estruja entre las manos.*)
Me ha perdido...—¿Mas qué es esto?
En sus pliegues interiores...
(*Palpándola con afan.*)
tiene un bolsillo... un papel...
Veamos.) (*Le saca y lee.*)

OLIVARES. (*A los otros tres, viendo entrar al capitan con soldados.*)
Mucha atencion.
Capitan, sin dilacion

prended á Quevedo.

QUEVEDO (*Volviéndose de improviso y señalando á Olivares con la mano derecha, mientras lee en voz alta el papel que tiene en la izquierda.*)
¡A él!!.
(*Lee.*) «A la infanta Margarita
»darás hoy mismo...

OLIVARES. (*Lanzándose á él y en voz ronca.*)
Oh! Callad!

QUEVEDO. (*Á Olivares con acento reconcentrado y completando la oracion.*)
»La muerte.»

OLIVARES. (*Al capitan.*) Vos, apartad.

QUEVEDO. ¡Y afirmais! (*Señalando el papel.*)

OLIVARES. (*Con desaliento.*) (¡Carta maldita!)

(*Quevedo mira con arrogancia á Olivares, que se queda inmóvil y aterrado.*)

GRANA. (Cosas se ven singulares.)

CASTILLA. (*Abalanzándose á Quevedo.*)
Quevedo!..

MENDAÑA. (*Idem á Olivares.*) ¡Señor!..

QUEVEDO. (*Deteniéndolos.*) Templanza.
¿Suponeis?.. Todo fue chanza...
chanza del buen Olivares.
(*Dirigiéndose á Olivares que hace una señal afirmativa.*)
Vos...
(*A los demas.*)
Ya lo veis... ¡Tiene dias!..
(*Llegándose de nuevo á Olivares, y aparte como lastimándose.*)
Casualidades siniestras...
por buscar las pruebas vuestras,
fuisteis á dar con las mias!..

(*Mendaña, Castilla y Grana, en el fondo, hablan acaloradamente.*)

OLIVARES. ¿Qué intentais?

QUEVEDO. Soy temerario.
¿Y la infanta? (*Con acento terrible.*)

OLIVARES. Vive.

QUEVEDO. (*Con gozo.*) ¡Oh!
¿Vive?.. (*Dudando.*)
(*Señal afirmativa de Olivares.*)
A tiempo maté yo
á vuestro infernal sicario.

Mas otro tal vez...

OLIVARES. Lo juro:
vive y en palacio está
presa y oculta... No, ya,
segun mandé..... de seguro...
se la habrán llevado...

QUEVEDO. (*Con furor.*) ¿A dónde?

OLIVARES. A Ocaña...—No, no...—De cierto
sabrá el capitan...

QUEVEDO. Si ha muerto,
de ella este papel responde.
Mañana...—¡Ahora!..
(*Volviéndose á los demas.*)
¡Esuchad!
(*Todos se acercan.*)

OLIVARES. (*Deteniendo á Quevedo con terror.*)
(Vive, sí.)

CASTILLA. (¿Qué podrá ser?)

OLIVARES. (¡Vive!)
(*Lo mismo que antes.*)

MENDAÑA. Nos vais á leer...

OLIVARES. (*Con prontitud.*)
Nada... un soneto...

QUEVEDO. (*Preocupado.*) Es verdad.
(*Quédase Quevedo muy pensativo.*)

MENDAÑA. Mejor... me place la idea.

CASTILLA. (*Ap. á Grana.*) (Yo me pierdo en congeturas;
¿qué es esto?)

GRANA. (*Idem.*) (Yo estoy á oscuras.)

MENDAÑA. Que se lea, que se lea.

QUEVEDO. Lo que me pedís negué
á Olivares ya, y por eso
trató de ponerme preso...

OLIVARES. (*Con risa forzada.*) Chanza...

QUEVEDO. Muy pesada á fé.
—Y yo, por tomar venganza,
mi soneto he de guardar.

MENDAÑA. No nos deis ese pesar.

QUEVEDO. (*Despues de mirar atentamente á la guardia.*)
Es que me asustó la chanza.

OLIVARES. (*Con violencia.*) Por ella... os pido perdon.

MENDAÑA. Pues dad principio, Quevedo:
vamos, conceded...

QUEVEDO. Concedo...
(*Despues de un momento de reflexion.*)
mas con una condicion.
(*Todos escuchan con curiosidad.*)
Pues que á prenderme ha venido
—aunque en chanza—el capitan...
Con los que á su mando van,
—chanza tambien,—muy erguido
marchará luego ante mí
dándome guardia de honor.

MENDAÑA. Brava ocurrencia.

CAPITAN. (*A Olivares.*) Señor...

OLIVARES. Capitan, hacedlo asi.

QUEVEDO. (*Al capitan.*) ¿Lo entendeis?.. Y con buen modo
que me obedezcais espero
en todo y por todo...

OLIVARES. (*Interrumpiéndole.*) Pero...

QUEVEDO. (*Desdoblando el papel con aire amenazante.*)
Conde-duque...

OLIVARES. (*Al capitan.*) En todo, en todo.

CAPITAN. (*A Quevedo.*) Fiel obediencia os prometo.

QUEVEDO. (*A todos con aire risueño.*)
Pues oid.
(*Olivares sigue sus movimientos con inquietud.*)

MENDAÑA. Al punto, al punto.

QUEVEDO. (*Leyendo.*) «A... una... nariz.»

MENDAÑA. (*Frotándose las manos.*)
Bravo asunto!

QUEVEDO. (*Aparte á Olivares.*)
Y escuchadme bien.
(*A todos, leyendo.*) «Soneto.»

(*Quevedo se acerca á la luz, al lado de Olivares: los demas permanecen á cierta distancia. Quevedo leerá con lentitud y voz sonora los ocho versos de su conocido soneto* A una nariz *que están subrayados, diciendo á Olivares aparte y con el tono conveniente los intercalados en los dos cuartetos. Los otros, y en particular Mendaña, escuchan la lectura con gran contentamiento.*)

«*Érase un hombre á una nariz pegado;*
(como al rey el privado que aqui priva:)
érase una nariz superlativa;
(como la audacia loca del privado:)
érase una nariz sayon y escriba;

(estais verde... amarillo... jaspeado:)
érase un peje-espada muy barbado;
(Os veis como un raton en una criba:)
Era un reló de sol, mal encarado;
(como vos, al tragar tanta saliva:)
érase una alquitara pensativa;
(de ver á un favorito... alquitarado:)
érase un elefante boca arriba;
(como están hoy las cosas del Estado.)
era Ovidio Nason mas narizado;
(En tono amenazante.)
(¡Rogad al cielo que la infanta viva!)

OLIVARES. (¡Vive!..)

QUEVEDO. (¡Si ha muerto, ay de vos!)

MENDAÑA. Proseguid...

QUEVEDO. *(Volviéndose á los demas de improviso.)*
Torpe y confusa
mi cabeza... Estoy sin musa.
(*En actitud y tono militar.*)
—¡Capitan!.. ¡En marcha!..
(A los demas con magestad grotesca al retirarse.)
¡Adios!
(*Vase por la derecha con la guardia.*)

ESCENA XII.

OLIVARES, MENDAÑA, CASTILLA *y* GRANA.

MENDAÑA. Siempre alegre don Francisco.

OLIVARES. (¡Maldito de Dios su nombre!)

MENDAÑA. Y al fin no acabó el soneto...
Voto á Polimnia y Caliope.

GRANA. (*Mirando á la derecha.*)
Ya atraviesa con su guardia
los últimos corredores.

MENDAÑA. ¡Dejarnos asi... por vida!..
si es un torbellino ese hombre.

OLIVARES. (¡No me burlará mañana
como me burló esta noche!)

GRANA. Solo ocho versos nos dijo...

MENDAÑA. Y un soneto... da catorce.

GRANA. (*Á Castilla.*) Vos, ¿nada hablais?

CASTILLA. (*Aparte á Grana.*) Nada, nada.

No quiero que me la corten.
(*Señalando la lengua.*)

GRANA. (*Idem.*) Callad... prudencia.

MENDAÑA. (*Llamando la atencion sobre Olivares, que aparece ensimismado.*)
A Olivares
quizás la musa le sople
tambien, y... ¡mejor!.. Miradle:
por su actitud se conoce...
Quiere dar fin al soneto,
y discurre el estrambote.

OLIVARES. (*Agitando la cabeza y volviendo sobre sí.*)
(¡Mañana será otro dia!)

MENDAÑA. (*Á Grana y Castilla, al notar el movimiento de Olivares.*)
Silencio: atencion, señores.

GRANA. Hácia aqui la Reina sale.

OLIVARES. (Largas son sus oraciones.)

ESCENA XIII.

Dichos y la REINA *que sale de la capilla, apoyándose en doña Inés.*

REINA. Es verdad, me siento débil;
débil cual nunca esta noche.
(*Reparando en ellos.*)
¿Aun estais aqui?

OLIVARES. Señora,
nuestro deber nos lo impone.—
Antes,—con luces,—servimos
á la Reina; y como entonces,
—bien que sin luces—estamos
prontos á cumplir sus órdenes.
(*Todos se inclinan. La Reina escucha con distraccion.*)
Como veis solo, señora, (*Con tono ligero.*)
de entre tantos servidores
falta vuestro caballero...
y, ¡por Dios que anduvo torpe!..
Que el honor de dar la mano
á una reina hermosa y jóven,
ni un galan lo cede nunca,
ni jamás lo olvida un noble.

REINA. Basta ya... basta, Olivares.
INÉS. Es hora de que repose
Vuesa Magestad.
OLIVARES. Pues disteis
fin á vuestras devociones,
debeis descansar...
REINA. Es cierto.
OLIVARES. (*Con intencion.*)
¡Tristes serán nuestras noches!
REINA. (*Sin oirle.*)
(¡Oh! la infanta Margarita
dicen que vino á la corte...)
OLIVARES. (*Dirigiéndose á su cámara.*)
Permitidnos...
REINA. No, quedaos.
(*Todos se inclinan. Mendaña, Castilla y Grana hablan para sí; Olivares contempla con una sonrisa á la Reina que se encamina lentamente á su cámara.*)
REINA. (¿Quién la detiene y en dónde?
¡Cuánto consuelo hallarian
juntos nuestros corazones!..
Margarita... ¡Alma sublime!..
¡Cuál mis acerbos dolores
calmaria!—¡Él nos separa...
(*Llorando.*)
Dios su maldad le perdone!)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y QUEVEDO; *despues* MARGARITA *y guardia.*

QUEVEDO. (*Entrando por la derecha.*)
Hoy de Vuesa Magestad
una audiencia solicita...
REINA. (*Desde la puerta de su cámara y sin volver la cabeza atrás.*)
¿Quién?
QUEVEDO. La infanta Margarita.
(*Introduciéndola de la mano seguida de la guardia.*)
REINA. ¡Gran Dios! (*Con acento de júbilo, volviéndose y precipitándose en sus brazos.*)
MARGARITA. (*Idem.*) ¡Qué felicidad!
OLIVARES. (*Fuera de sí.*) (¡Ella!.. aun estaba en palacio!)

(*Quevedo contempla con los brazos cruzados á Olivares, que da muestras de desesperacion.*)

REINA. ¡Soy feliz!

MARGARITA. ¡Te he vuelto á ver!.

REINA. Pero, ¿cómo, cómo?..

MARGARITA. Ayer...
(*Reparando en Olivares.*)
Todo lo sabrás despacio.

(*La Reina, conducida por Margarita, se dirige á su cámara por entre los guardias que las abren paso y seguidas de Mendaña, Castilla y Grana que las acompañan hasta la puerta.*

QUEVEDO. (*Á Olivares con sarcasmo.*)
Prevenidla con afan,
flores festejos y galas...

(*Quevedo se incorpora tambien á la comitiva que hace su despedida á las damas.*

OLIVARES. (*Furioso.*) (Yo te cortaré las alas!
¡Oh!.. Su prision!..) Capitan. (*Llamándole.*)

QUEVEDO. (*Volviendo otra vez con Grana, Mendaña y Castilla.*)
Pajes prevenidla y coches.

OLIVARES. (*Al capitan, que á su voz se acerca por el lado opuesto.*)
Llevad!.. (*Señalando á Quevedo con aire feroz.*)

QUEVEDO. (*Desdoblando un papel y con el aire mas natural.*)
Soneto.

(*Al oir esto se acercan todos con curiosidad.*)

OLIVARES. (*Aterrado por el ademan de Quevedo.*)
(¡Oh! ¡Me espanta!)

QUEVEDO. (*Al capitan y como concluyendo la frase de Olivares.*)
Guardia de honor á la Infanta.

(*A Olivares y saludándole irónicamente con el papel.*)
Conde-duque, buenas noches.
(*Vase por la derecha.*)

(*Olivares se deja caer en un sillon como herido de un rayo. Medina se dirige hácia él con la mayor solicitud; Grana mira á todas partes encogiéndose de hombros, y Castilla se planta el sombrero, atraviesa la escena, y vase por la misma puerta que Quevedo.—Todo esto debe hacerse con estraordinaria rapidez. Cae el telon.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del anterior.

ESCENA I.

MARGARITA.

Un mes ya!.. tan largo plazo
para jornada tan corta!..
La tardanza de Quevedo
me desconcierta y me asombra.
Qué podrá ser? El camino
desde Madrid á Lisboa
no es hoy seguro, y acaso...
Vagas sospechas me acosan.
Vengativo el conde-duque,
nunca olvida ni perdona,
y si á su fin le conducen,
poco los medios le importan.
En el mundo hay asesinos
que con el oro se compran...
Olivares es malvado...
—Tal vez Quevedo á estas horas...
Oh! Dios mio!...—Dios lo sabe:
nunca fuí supersticiosa;
pero esta idea terrible
es un dogal que me ahoga.
—Varonil y fuerte, nunca
temblé de terror... Y ahora,
al pensar en él ¡ay! tiemblo
como en el árbol la hoja...
—Qué pasa por mí?.. Quevedo...
—¡Siempre fijo en mi memoria!—
Oh! la gratitud... sin duda...

no puede ser otra cosa...
Cierto!.. la altiva duquesa
Margarita de Savoya,
que no conoció en su vida
mas voluntad que la propia;
la que, nunca dominada,
siempre fue dominadora,
con su voluntad de hierro
y su corazon de roca;
esa muger... soberana,
con su altivez por corona,
siempre es la misma, la misma!..
—No!.. delante de él es otra...
Otra, sí... Nadie en el mundo
logró lo que ese hombre logra...
Quevedo ¡ay Dios! me fascina...
—Jamás!.. Qué digo? Estoy loca!
—No; delante de Quevedo,
mis mejillas se coloran
y mis ojos se humedecen
y mi mente se trastorna!..
Sí!.. Siempre al sentir sus pasos,
temblé... como tiemblo ahora
sin sentirlos... ¡Sin sentirlos!..
—No... los siento en mi memoria!

ESCENA II.

MARGARITA, *la* REINA *que sale de su cámara.*

REINA. Margarita...
MARGARITA. (*Volviendo sobre sí.*) Oh!..—Me buscabas?..
REINA. Sí; y al hallarte tan sola,
me sorprende... Tú, llorando!
MARGARITA. Cómo!
REINA. Tú, que nunca lloras!
MARGARITA. Qué ilusion!.. Tú lo dijiste:
nunca del llanto las gotas
por mi mejilla corrieron.
REINA. Plegue á Dios que nunca corran!
MARGARITA. Yo asi lo espero...—Las lágrimas
siempre son infructuosas.

REINA. El llanto calma las penas
MARGARITA. El valor triunfa de todas.
—En eso mismo pensaba
cuando llegaste.—La hora
de vencer á la desgracia
se acerca para nosotras.
REINA. Loca esperanza!
MARGARITA. Qué dices?
Si hoy mismo Quevedo torna,
para triunfar de Olivares
armas traerá de Lisboa.
REINA. Esas armas...
MARGARITA. Son seguras;
y han de darnos la victoria,
descubriendo del ministro
las maquinaciones sordas.
—Bien lo sabes: Portugal,
antes provincia española,
se hizo reino independiente
siendo yo gobernadora...
Que no fue por culpa mia,
bien en mis despachos consta;
con tiempo avisé el peligro
y pedí dinero y tropas...
Pero sordo el conde-duque
á mis peticiones todas,
juzgó sueños mis temores,
me creyó débil ó loca.
Pues bien: ya que la esperiencia,
aunque por mi mal, me abona,
por las cartas de Olivares,
llenas para el rey de mofa,
sabrá el rey que ese ministro,
con escándalo de Europa,
necio ó traidor, ha vendido
un joyel de su corona.
(*La Reina va á hablar.*)
Quevedo hallará esas cartas
que ocultas dejé en Lisboa...
Una sola puede darnos
venganza terrible y pronta!
REINA. Me haces temblar.
MARGARITA. El malvado,

por dar fin á sus zozobras,
quiso asesinarme...

REINA. Cielos!..
No recuerdes esa historia.

MARGARITA. Sí; y á no ser por Quevedo
que brotó de entre la sombra,
el sicario de Olivares...

REINA. ¿Y á qué recordarlo ahora?
Vives y estás á mi lado...
ya Olivares no lo estorba...
¡Oh! tal vez arrepentido
ya de su accion se sonroja...

MARGARITA. Le conoces mal.

REINA. Con todo:
de ello responden sus obras.
Él es el rey... y en palacio
desde aquella noche moras;
y hace un mes que el de Olivares
te consagra sus lisonjas,
te distingue...

MARGARITA. Y sin embargo,
en su corazon me odia.

REINA. Y cómo esplicar?..

MARGARITA. Quevedo
al partir para Lisboa,
enseñándole un papel,
le dijo con risa irónica:
«Pues con vos queda la Infanta
Margarita de Saboya,
conmigo va este soneto,
para que de ella responda.»

REINA. No comprendo...

MARGARITA. De mi vida
él responde con la propia;
tiene las manos atadas.
—Y si al fin Quevedo torna,
la ruina del favorito
será inevitable y pronta.

REINA. Qué intentas?

MARGARITA. Salvar á España
de un yugo que la deshonra;
comprar tambien el castigo
del tirano...

REINA. Si es á costa
de mi eterna desventura,
caro su castigo compras!..
MARGARITA. Oh! qué dices?
REINA. La esperanza
jamás al triste abandona;
y yo, en mi delirio, á veces
aun espero ser dichosa.
—Solo hay un medio: Olivares
con intencion cautelosa
guarda ese escrito sangriento
en que mi inocencia consta...
—Y en mí tomará venganza,
si tú su rencor provocas,
aniquilando ese escrito
que es ¡ay! mi esperanza sola.
MARGARITA. Calla, calla!
REINA. Margarita,
tú tan buena y generosa,
no harás uso de tus armas,
si han de volverse en mi contra.
MARGARITA. Qué dices?—España sufre...
Dios en mis manos coloca
su remedio...—Antes que todo,
es esta nacion heróica!
REINA. Y tu amor?
MARGARITA. El mismo siempre.
REINA. Salva mi dicha y mi honra!
MARGARITA. Despues...
REINA. (*Con desaliento y amargura.*)
Ay! será muy tarde.
MARGARITA. (Gran Dios! mis fuerzas se agotan!
no puedo mas!)
REINA. Margarita,
tú serás mi salvadora.
—El castigo de Olivares
puede aplazarse y...
MARGARITA. (*Con exaltacion.*) ¿Qué importa,
si en tanto ese bombre?..—Imposible!
La corte y España toda
sufren su tirano yugo
y sus desafueros lloran.
REINA. Hombre fatal!

MARGARITA. Por su causa,
la España, terror de Europa
y del mundo en otro tiempo,
duerme en el olvido ahora.
Por él lloramos perdidas
tantas conquistas gloriosas,
unas al hierro entregadas,
y al oro vendidas otras.
Mas de trescientos navíos
tragaron del mar las olas
por él; y por él perdimos
á Esthin, Wiranzan y Dola,
y á mas las Islas Terceras,
y el ducado de Borgoña,
y el Brasil y el Rosellon,
y Ormuz, Fernambuco y Hoa!..
Y no ha mucho Portugal,
(*Con énfasis.*)
siendo yo gobernadora,
por su rey al de Braganza
coronó en Villaviciosa...

REINA. ¡Calla!.. (*Mirando hácia la derecha.*)

ESCENA III.

Dichas y OLIVARES, MENDAÑA, GRANA *y* CASTILLA, *que entran muy engolfados en su conversacion, por la derecha. Al verlos la Reina, se va retirando hácia su cámara acompañada de Margarita.*

OLIVARES. Sabré quién ha sido.
MENDAÑA. ¡Mejor! morirá en la horca.
REINA. (Piénsalo bien.)
MARGARITA. Hasta luego.
(*La Reina entra en su cámara: Margarita la contempla con espresion de ternura.*)
OLIVARES. Fué solo un susto.
GRANA. No importa.
MENDAÑA. Mejor, mejor.
OLIVARES. Mas la infanta...
MENDAÑA. La infanta?.. mejor.
(*Todos saludan á Margarita, que se va acercando hácia ellos.*)
OLIVARES. Señora...

MARGARITA. Pálido estais, conde-duque.
MENDAÑA. No es para menos la cosa.
MARGARITA. Pues ¿qué ha habido?
OLIVARES. Nada... nada...
MENDAÑA. ¡Un disparo á quema-ropa!...
OLIVARES. Bien, no me ha herido.
MENDAÑA. Mejor.
MARGARITA. Conde-duque, estoy absorta.
OLIVARES. No nos ocupemos de ello.
(*Á los tres.*)
—Sobre asuntos de mas monta
tengo que hablar á su alteza;—
con que... dejadnos á solas... (*Saludándolos.*)
Hasta despues.
(*Los tres se inclinan y vanse por la derecha.*)
MENDAÑA. (*Marchándose.*) Despacito (*A los dos.*)
voy á examinar ahora
el estrago que las balas
hicieron en su carroza.

ESCENA IV.

MARGARITA, OLIVARES.

MARGARITA. Conde-duque, mal os quieren.
OLIVARES. Vos interpretais las cosas
de una manera...—Ese tiro
fué casualidad, señora.
MARGARITA. ¿Eso pensais?
OLIVARES. ¿Quién lo duda?
En honor á mi persona,
como siempre, en las Salinas
hizo una salva la tropa...
MARGARITA. Si hay plomo en los arcabuces,
las salvas son peligrosas...
OLIVARES. Nada temais.
MARGARITA. No os conviene
gastar en salvas la pólvora.
OLIVARES. La torpeza de un bisoño
no os debe causar zozobra.
MARGARITA. No; mas tened vos en cuenta
que hay mucha gente bisoña.

OLIVARES. Vivid tranquila: las balas
no han de quemarme la ropa...
—Para tiros mas seguros
pienso prevenir mi cota.
MARGARITA. ¿Otros temeis, conde-duque?
OLIVARES. Certeros y de arma sorda:
son los tiros de la infanta
Margarita de Saboya...
MARGARITA. ¡Oh! Pues diz que ella dispara
siempre al corazon.
OLIVARES. Hay otras
opiniones... Diz que apunta,
y al tirar... tiembla... ó perdona.
MARGARITA. Mal la conoceis.
OLIVARES. Con todo;
un mes hace por ahora
que á mi privanza la guerra
declaró en debida forma;
y hasta el presente, no he visto
las hostilidades rotas...
Y es que en ausencia de Marte
duerme sin duda Belona.
MARGARITA. Los plazos al fin se cumplen;
las deudas al fin se cobran.
OLIVARES. Yo, á la verdad, no comprendo
cómo os estais tan ociosa.
MARGARITA. Vos lo habeis dicho: le aguardo.
OLIVARES. Ya... no os atreveis vos sola...
MARGARITA. ¡Á todo!
OLIVARES. ¿Pues qué os detiene?
MARGARITA. ¡Teneis preguntas muy hondas!
OLIVARES. ¿Con que le aguardais?
MARGARITA. Le aguardo,
como el labrador la aurora.
OLIVARES. ¿Y si acaso no volviese?
MARGARITA. (¡Gran Dios!)
OLIVARES. La fortuna es loca,
y á veces, por sus caprichos,
el plan mas hábil aborta
y se pierden como el humo
las mas diestras maniobras.
MARGARITA. ¡La justicia triunfa siempre!
OLIVARES. Cuando el ardid no lo estorba;

bien lo sabeis.

MARGARITA. ¡Conde-duque,
sé que hay puñales!

OLIVARES. (Oh! llora!)

MARGARITA. Pero sé tambien,—y acaso
lo debo á vuestra persona—
que una espada de buen temple
para cien puñales sobra.

OLIVARES. (*Acercándose á ella, en voz baja y acento siniestro.*)
¡Pues no aguardeis á Quevedo!

MARGARITA. (*Aterrada y con vehemencia levantando las manos al cielo.*)
(Oh!.. Vírgen... misericordia!)

ESCENA V.

Dichos y QUEVEDO *por la derecha y en trage de camino.*

QUEVEDO. Aqui estoy, porque he venido.

OLIVARES. (Oh furor!)

MARGARITA. (*Mirando al cielo y con las manos juntas.*)
Gracias, señora!

OLIVARES. Vos, don Francisco... (*En tono ligero.*)

QUEVEDO. Acabad:
Quevedo y Villegas...

OLIVARES. Pues;
caballero santiagués...
gracias...

QUEVEDO. Al diablo.

OLIVARES. Es verdad.

QUEVEDO. Y á la cruz.—Yo á todos pago:
que si de Santiago soy
caballero, gracias doy...

OLIVARES. Sí, á Medina.

QUEVEDO. No, á Santiago.
—Al tornar de mi viaje,
por veniros pronto á ver,
no me quise detener
ni aun para cambiar de trage.

OLIVARES. Mucho estimo tal fineza.

QUEVEDO. (*Reparando en Margarita.*)

Señora... (*Á Olivares.*) Pálida está!..
Si un ultraje... (*Amenazante.*)

OLIVARES. Ella os dirá.

MARGARITA. (*Saludando para retirarse.*)
Adios.

QUEVEDO. Serviré á su Alteza.
(*Acompáñala hasta la puerta.*)

MARGARITA. (*Aparte á Quevedo.*)
Y bien?

QUEVEDO. (*Idem.*) Nuestra es la jornada!

MARGARITA. Vienen los papeles?

QUEVEDO. Sí;
mas no vienen sobre mí
por temor de una emboscada.

MARGARITA. Bien.—La Reina está mortal...
teme...

QUEVEDO. Con razon á fé.

MARGARITA. Salvadla!

QUEVEDO. La salvaré.

MARGARITA. (*Despues de despedirse.*)
(Tiene un alma celestial!)

ESCENA VI.

QUEVEDO, OLIVARES.

QUEVEDO. (*Contemplándola al partir.*)
(Es muger ó es ilusion?..
—Oh! Por ella, con fé pia,
gota á gota verteria
la sangre del corazon!)

(*Quevedo se queda inmóvil: Olivares, que ha contemplado á los dos fijamente, se acerca á él.*)

OLIVARES. (Vive Dios que está despacio!)
(*Pónele la mano sobre el hombro.*)

QUEVEDO. (*Volviéndose rápidamente.*)
¿Quién?..

OLIVARES. Tan ceñudo y suspenso,
¿qué es lo que pensais?

QUEVEDO. No pienso.
Nunca se piensa... en palacio.

OLIVARES. Pues ¿qué haciais de ese modo?

QUEVEDO. Repasaba en mi memoria

cierta peregrina historia...

OLIVARES. De amores?

QUEVEDO. Tiene de todo.

OLIVARES. Será entretenida...

QUEVEDO. Oh! Mucho.

(Despues de un momento.

¿Quereis la historia saber?

OLIVARES. Me será de gran placer.

QUEVEDO. Pues escuchadme.

OLIVARES. Os escucho.

QUEVEDO. Éranse un Rey muy celoso,
y una Reina muy hermosa;
la Reina del Rey esposa,
y el Rey... de la Reina esposo.
Y asi unidos ante Dios,
como á un árbol dos raices,
eran los dos muy felices,
porque se amaban los dos.
—Pero un hombre—un favorito—
que en la dicha y el poder
solo ambicionaba ser...
(Movimiento de Olivares.)
Oid.—Ese hombre maldito,
por influir sin rival
del Rey en el corazon,
alzó de infamia un padron
entre la pareja real.—
Con habilidad cruel,
—le hizo muy hábil su estrella—
mintiendo culpas en ella,
encendió celos en él.
Y el Rey maldijo en sus celos
á la Reina por impura;
y la Reina... era tan pura
como un ángel de los cielos.—
Y desde entonces los dos
no se han vuelto á unir jamás;
y él vive triste quizás,
y ella... dudando de Dios!

OLIVARES. Permitidme que os ataje;
porque, ó miente mi memoria,
ó vos, al contar la historia,
olvidais un personaje.

(*Quevedo quiere interrumpirle.*)
Ya esa historia me contó
no sé quién, cómo, ni dónde;
y anda en ella cierto conde...
El amante.

QUEVEDO. No!

OLIVARES. Sí.

QUEVEDO. No!!

OLIVARES. (*Con frialdad.*)
De ese buen conde afirmaron
que con la Reina le vieron
amante feliz...

QUEVEDO. Mintieron.

OLIVARES. Pues asi me lo contaron.

QUEVEDO. Yo os lo contaré mejor.

OLIVARES. El conde á la Reina amaba.

QUEVEDO. Pero la Reina ignoraba
su desatinado amor.

OLIVARES. Y quién lo podrá probar?..

QUEVEDO. Hay una prueba sangrienta...

OLIVARES. Como nadie la presenta...

QUEVEDO. No la quieren presentar.
Escuchadme.—El favorito
que á la Reina calumnió,
tal delito coronó
con otro nuevo delito.—
Sabedor de la verdad,
el conde solo podia
poner en claro algun dia
tán cobarde iniquidad.
Era un testigo harto fiel...
—Pero, ya resuelto á todo,
halló el favorito modo
para deshacerse de él.—
Y al pié del alcázar real
diz que una noche, á traicion,
pasó al conde el corazon...

OLIVARES. (*Con disgusto interrumpiéndole.*)
Sí, una espada.

QUEVEDO. No, un puñal!
Lo oís?.. Para hazañas tales
no presta el valor espadas...

OLIVARES. Mas...

QUEVEDO. Para muertes compradas
la traicion vende puñales.
OLIVARES. Basta.
QUEVEDO. Oid.—Al espirar,
el conde escribió un papel
con sangre...—Vengo por él.
OLIVARES. Cómo!
QUEVEDO. Y me le vais á dar.
OLIVARES. Nunca!
QUEVEDO. Sí, sí, por quién soy...
(*Saca un papel.*)
De ello esta firma responde.
OLIVARES. Pero...
QUEVEDO. (*Con imperio.*) El escrito del conde!
OLIVARES. (*Despues de un momento y señalando con timidez el papel de Quevedo.*
Dadme ese en cambio.
QUEVEDO. (*Despues de un movimiento de estrañeza y con tono despreciativo.*)
Os le doy.
OLIVARES. (*Con asombro.*) Me le dais?
QUEVEDO. Lo dije ya.
OLIVARES. (*Dirigiéndose á la izquierda.*)
Vuelvo...
QUEVEDO. Sin esto—lo sé,—
ya sin armas quedaré;
mas ¿qué importa?
OLIVARES. Bien está!.. (*Vase.*)
QUEVEDO. Entre hacer el bien del bueno
y el mal del malo, dudara
solo un hombre que abrigara
ese corazon de cieno!

ESCENA VII.

QUEVEDO, *despues* MENDAÑA, CASTILLA *y* GRANA, *que entran por la derecha y vuelven á salir por el fondo, izquierda.*

QUEVEDO. Bravo, corazon, muy bien;
estoy contento de tí. (*Mirando á la derecha.*)
Mas...—Que á punto siempre esten
los necios!..—Si ahora me ven,

no podré echarlos de mí. (*Se oculta.*)

MENDAÑA. (*Entrando con los otros dos.*)
Conde-duque... (*A los dos.*) Pues no está.

GRANA. Sin duda en aquellas salas...

MENDAÑA. Vamos á buscarle allá.

CASTILLA. Pues; con eso nos dirá
cómo le suenan las balas. (*Vánse.*)

QUEVEDO. No me han visto.—Es fuerte apuro,
que me hayan de perseguir
necios siempre, y de seguro
con este infame conjuro:
«Quevedo, hacednos reir.»—
Y es, por Dios, contraste horrendo,
y aun vice-versa nefando,
y hasta sarcasmo estupendo,
que ellos escuchen riendo
lo que yo digo rabiando.
—Tal vez, porque se desvíen,
suelto un chiste insulso y frio...
mas de gusto se deslíen,
y tanto á veces se rien,
que al fin... yo tambien me rio.
—Risas hay de Lucifer...
risas preñadas de horror!..
Que en nuestro mezquino ser,
como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor!
—Necios, los que abrís las bocas,
abrid los ojos!.. Quizás
vereis que mis risas locas
son de lástima no pocas,
y de tedio las demas!..
—No!.. Con su chata razon
no comprenden, cosa es clara,
que mis chistes gotas son
de la hiel del corazon
que les escupo á la cara.
—Y jamás librarme puedo
de ese infernal retintin
que ya me produce miedo:
«divertidnos vos, Quevedo.»
—y hablo... y los divierto al fin.—
Qué tal?—Me divierto mucho.»

dice, al divertirse, un vicho,
ya en diversiones muy ducho...
—Y con qué temblor lo escucho
yo, que en mi vida lo he dicho!—
—Sí... los necios, de mil modos,
que se divierten discurro
hasta por cogote y codos...
Y yo, al divertirse todos,
siempre me canso y me aburro.
(*Pausa.*)
Cansado estoy de cansarme,
y aburrido de aburrirme...
—Necios!.. venid á enseñarme
cómo tengo de arreglarme
para saber divertirme!
—Y si en torno, hasta morir,
solo necios me he de hallar
y con necios sonreir
y entre necios divertir,
viendo á los necios bailar;
—Padre Adan!.. Tu parentela
miré yo, en corro infinito
á la luz de una pajuela,
bailando la tarantela...
pues... y el baile de San Vito!..

ESCENA VIII.

QUEVEDO, OLIVARES.

OLIVARES. (*Dándole un papel.*)
Carta póstuma, Quevedo.
QUEVEDO. (*Despues de mirarlo por todos lados y entregando á Olivares el otro.*)
Carta inédita, Olivares.
OLIVARES. Pláceme, por Dios, el trueque.
QUEVEDO. Por Dios, que tambien me place.
OLIVARES. (*Leyendo.*) «A la infanta Margarita...»
QUEVEDO. La órden era terminante.
OLIVARES. «Darás al punto la muerte.»
QUEVEDO. Sentencia que vos firmásteis.
OLIVARES. Es verdad.—Y este soneto,

como dimos en llamarle,
si... me ha puesto algunas veces
descolorido el semblante.

QUEVEDO. Pues este escrito sangriento
—ved lo que son los contrastes!—
ha de volver los colores
al puro rostro de un ángel.

OLIVARES. (*Con gran complacencia.*)
Soneto impío!—Quevedo,
permitidme que le rasgue
sin demora...—No; imagino
que es mas seguro quemarle.

QUEVEDO. Carta feliz!—Conde-duque,
permitidme que repase
sus renglones...—De la Reina
quiero en la dicha gozarme.

OLIVARES. Y esperais?..

QUEVEDO. (*Con tono solemne.*) En este escrito,
hoy habla al Rey un cadáver!..
(*Leyendo.*)
«Al rey.»—Oid cómo escriben
los moribundos con sangre:
—«Muero, es justo; la beldad»
«amé, que en el trono ví...»
«Pero siempre,—es la verdad!»—
«ignoró su Magestad»
«este ciego frenesí.»
«Jamás hablamos los dos...»
«Lo jura un alma cristiana»
«ya en la presencia de Dios!»
«Muero... perdonadme vos!..»
«Con sangre... Villamediana.»—
De la fé de un moribundo
ni el Rey dudará ni nadie.

OLIVARES. Pero vos, al recibirla,
me parece que dudasteis...

QUEVEDO. De su orígen, conde-duque!..
Porque, como sois tan hábil,
me asaltó al punto un recelo...

OLIVARES. Pues me hicisteis un ultraje.
—No falsifica papeles
la raza de los Guzmanes!..

QUEVEDO. Pero si un Guzman se nombra

conde-duque de Olivares...

OLIVARES. (*Con arrogancia.*) Nunca falsifica!..

QUEVEDO. (*Con frialdad y sarcasmo.*) Cierto...
Cartas... escritas con sangre.
Y es que tal vez le repugna...

OLIVARES. Sí!.. envilecerse!

QUEVEDO. Ó sangrarse.

OLIVARES. Nunca, y lo sabrás muy pronto,
nunca pequé de cobarde.

QUEVEDO. Sois audaz... y aun está en pleito
el valor de los audaces.
(*Pausa.*)

OLIVARES. (*Afectando tono natural.*)
Quevedo, un mes hace ahora,
—no quisiera equivocarme,—
que en esta cámara misma...
—Cierto, en esta fue...

QUEVEDO. Adelante.

OLIVARES. Yo entonces, para prenderos...

QUEVEDO. Pues, á la guardia llamasteis,
que, por venir á prenderme,
tuvo despues que escoltarme.

OLIVARES. Un soneto os salvó entonces.

QUEVEDO. Sonetos de vos me salven.

OLIVARES. (*Mostrándole el papel y dirigiéndose á la puerta de la derecha.*
Hoy os falta ya el soneto.

QUEVEDO. (*Con naturalidad.*)
Pues... me salvará un romance.

(*Olivares vase sonriendo, por la derecha.*)

ESCENA IX.

QUEVEDO, *despues* MARGARITA.

(*Al desaparecer Olivares, Quevedo se dirige con rapidez á la puerta de la cámara de la Reina.*)

QUEVEDO. (*Llamando.*) Duquesa... Duquesa.—Quiero
darla estas letras de sangre
sin demora...—Mas... (*Impaciente.*) Duquesa!
Salid!.. Oh! dicha!.. Ya sale.

MARGARITA. Erais vos?..

QUEVEDO. Perdonad, si anduve osado.
MARGARITA. Que eso digais?
QUEVEDO. Como ofrecí, señora,
sin grande desazon para el privado,
esta carta sangrienta he rescatado,
y os la presento ahora.
(*Margarita la toma y pasa por ella una mirada.*)
MARGARITA. Sois el genio del bien!
QUEVEDO. Dadme otro nombre.
Mezquino entre los hombres me confundo,
y hombre frágil tambien...
MARGARITA. Si sois un hombre,
habeis nacido para honrar el mundo!
QUEVEDO. Callad, por compasion!
MARGARITA. Cuánto os admiro!
Alma teneis de celestial esencia...
—Oh! bendita de Dios vuestra existencia
consagrada...
QUEVEDO. Al estudio y al retiro,
señora, y nada mas.
MARGARITA. Y á los que gimen
consagrada tambien...—Oh! sí, bendita
un alma, cual la vuestra, que se agita
en pro de la virtud y contra el crímen!
(*Movimiento de Quevedo.*)
Y no me lo negueis!..—De la ventura
nuncio mortal, por bien de los mortales,
desterrais de las almas la amargura;
y, olvidado tal vez de vuestros males,
vivís por dar alivio á los agenos,
y amparo á la virtud, y al crímen guerra...
—Oh! Sereis muy feliz!
QUEVEDO. (*Con amargura.*) Nunca!—En la tierra
nadie es feliz, señora.
MARGARITA. ¿Ni aun los buenos!..
QUEVEDO. «*De una madre nacimos*
los que esta comun aura respiramos;
todos muriendo en lágrimas vivimos
desde que en el nacer todos lloramos!» (*)
MARGARITA. Teneis harta razon!—Mas yo creia
que á vos el cielo con largueza os daba

(*) QUEVEDO, *Musa I.*

ventura y alegría;
que á vos eterno el bien os sonreia...

QUEVEDO. Oh! Tarde empieza el bien, y pronto acaba!

MARGARITA. Yo pensé que el placer libre de enojos,
era en Quevedo condicion precisa...

QUEVEDO. Nunca busqueis la flor en los rastrojos!..

MARGARITA. Yo ví siempre el contento en vuestros ojos,
y en vuestros labios contemplé la risa!..

QUEVEDO. Risa fatal de la tristeza loca!

MARGARITA. (Oh! qué aspecto y qué voz!.. Me ha enternecido!)

QUEVEDO. Me comprendisteis mal... (Es una roca.)

MARGARITA. (*Acercándose con vivo interés.*)
Estais descolorido...

QUEVEDO. Tal vez... (*Turbado.*)

MARGARITA. (*Como dejándose arrastrar por una fuerza irresistible de sentimiento.*)
¡Quevedo!..

QUEVEDO. (*Fuera de sí, precipitándose hácia ella.*)
Comprenderme os toca!

MARGARITA. (*Rechazándole con espresion que á la actriz sola es dado determinar, y retrocediendo.*)
Mas siempre una sonrisa en esa boca!..

QUEVEDO. (*Con desfallecimiento y amargura.*)
Y en este corazon siempre un gemido!

MARGARITA. (Resonaba en su voz el sentimiento...)

QUEVEDO. (Yo he de perder al cabo la cabeza.)
Vuesa Alteza... tal... vez...

MARGARITA. (Fáltame aliento!)

QUEVEDO. De mi loca tristeza
no haga caso ninguno Vuesa Alteza...

MARGARITA. Dejad la Alteza ahora...
Escusad nombres vanos...
—Amiga, y no señora...

QUEVEDO. (*Interrumpiéndola.*) La carta salvadora
que puse en vuestras manos
á la Reina entregad...—Con razon harta
será alivio á sus penas esa carta.

MARGARITA. Es verdad.

QUEVEDO. Ante todo,
—como amigo os lo ruego—
haced que al punto y de cualquiera modo
á las manos del Rey pase este pliego.
(*Dála un pliego grande y sellado.*)

MARGARITA. Bien, bien.
QUEVEDO. (Me reconcilia
con la ruin sociedad alma tan pura.)
MARGARITA. Será de Portugal?..
QUEVEDO. Es de Sicilia.
—Llegado á Portugal, en derechura
me encaminó á Palermo mi ventura.
Y ese pliego es de alli.
MARGARITA. Vuestra tardanza
comprendo bien ahora.
¿Qué contiene este pliego?
QUEVEDO. Una esperanza.
MARGARITA. Voy á entregarle al rey. (*Con afan.*)
QUEVEDO. Gracias, señora.—
Y luego, estad alerta
de la cámara real junto á la puerta.
(*Entra Margarita en la cámara del Rey.*)

ESCENA X.

QUEVEDO, *despues* OLIVARES.

QUEVEDO. Y ella tambien, cual todos, se ha engañado,
y muy feliz, cual todos, me ha creido...
—¿Cómo insultan mi ser desventurado
«los que ciego me ven de haber llorado,
y las lágrimas saben que he vertido!» (*)
—Ellos!.. prole raquítica y liviana!..
Si ojos hoy para verme no ha tenido,
(*Marcada ironía.*)
¡claros su prole los tendrá mañana!
(*Con amargura.*)
Es verdad!.. Yo lo espero,
vive Dios!..—En el tiempo venidero,
al nombrarme las gentes
se reirán á mandíbulas batientes...
(*Con risa sangrienta.*)
¡De pensarlo no mas me inunda el gozo!..
Sí, Quevedo, los hombres ¡oh ventura!
allá en la edad futura,

(*) QUEVEDO, *Musa IV.*

te honrarán... con chacota y alborozo!
Y al ver tu calavera, alegre risa
(Sarcasmo sangriento.)
llamarán á su gesto; y, por laureles,
al son de un tamboril, despues de misa,
ceñirán á su frente blanca y lisa,
corona... de juglar... con cascabeles!!

OLIVARES. (*Entrando por la derecha.*)
Ya me teneis aqui.

QUEVEDO. Tal compañía
me era inútil á fé.

OLIVARES. Por vida mia,
que de vos me ocupaba hace un instante.

QUEVEDO. Gracias.

OLIVARES. Caprichos.—Me divierte veros
en regia magestad y aire triunfante
con escolta imperial de alabarderos...
—Un mes hará que hicisteis esta escena,
y hoy la hareis otra vez... porque es muy buena.
Ya mis órdenes dí...

QUEVEDO. Sí; hablemos claros;
para prenderme.

OLIVARES. Pues... para escoltaros.

QUEVEDO. (*Con conviccion.*)
Tambien me escoltarán.

OLIVARES. De otra manera.
—Hoy, para honraros, os saldrá al encuentro
la guardia, en la escalera...
Y hoy no con vos la guardia se irá fuera,
porque vos con la guardia os vendreis dentro.

QUEVEDO. Muy bien trazado á fé.

OLIVARES. Para este lance,
no teneis un soneto...

QUEVEDO. Y quién se aflige?
Al fin, y ya os lo dije,
yo, en cualquiera ocasion, tendré un romance.

OLIVARES. Estais loco sin duda.—
De mí pensais libraros?—Algun dia
un ilustre señor os protegia...
mas ya en esta ocasion no os dará ayuda.
Ese altivo Giron, á quien se nombra
el gran duque de Osuna, ya no existe...
Él, que grande y feliz os prestó sombra,

ya murió pobre y olvidado y triste.

QUEVEDO. (*Indignado.*) Respetad á los muertos!

OLIVARES. Sus pesares
de su gloria nacieron...

QUEVEDO. Olivares!...
—«*Faltar pudo su patria al grande Osuna,*
pero no á su defensa sus hazañas;
diéronle tumba en cárcel las Españas,
de quien él hizo esclava la fortuna.
«*Lloraron sus envidias una á una*
con las propias naciones las estrañas...
Su tumba son de Flandes las campañas
y su epitáfio la sangrienta luna» (*).

OLIVARES. (*Interrumpiéndole.*) Muy bien contais su gloria!

QUEVEDO. ¿Y quién la vuestra contará?

OLIVARES. La historia
repasad, buen Quevedo, y pues en Flandes
á los Girones encontrais tan grandes,
buscad á los Guzmanes en Tarifa,
y enseñad á la gente
Guzmanes y Girones frente á frente.

QUEVEDO. Guzmanes!.. Si tan ínclitos varones
crecido hubieran con bastardos planes
como vos, que heredasteis sus blasones...
Frente á frente Guzmanes y Girones,
no diera yo un Giron por cien Guzmanes!

OLIVARES. Vive Dios!..

QUEVEDO. Un Guzman, con su heroismo
nombre de Bueno conquistó en Tarifa!..
—Hicierais vos lo mismo?
Ese ilustre Guzman de pecho fuerte,
mas fuerte que su malla,
su cuchilla arrojó por la muralla
y á un hijo dió la muerte...
—Padre noble y leal!—Mísero padre!
Si él en el hondo porvenir leyera,
la muerte á todos con sus manos diera,
y, ahogando en pos á la inocente madre,
su lanzon por un báculo trocára,
y en un claustro muriera,
y, estinguida su raza, nunca hubiera

(*) QUEVEDO, *Musa I.*

un Guzman, como vos, que le afrentára!

OLIVARES. Basta, basta!..—Partís?

QUEVEDO. Sí... por no veros.

OLIVARES. (*Con bárbara complacencia.*)
Al fin logro perderos!..
—Entrasteis... no saldreis... no, por mi vida!

QUEVEDO. Yo por la entrada buscaré salida.

OLIVARES. No!—Y aunque halleis salida por la entrada,
despues os prenderán por asesino!..

QUEVEDO. Libre la puerta...

OLIVARES. La hallareis cerrada!

QUEVEDO. (*Al partir.*) Yo me abriré camino con mi espada.

OLIVARES. Despues...

QUEVEDO. (*Volviéndose desde la puerta.*)
El cielo me abrirá camino! (*Vase.*)

ESCENA XI.

OLIVARES, *luego* MENDAÑA, CASTILLA *y* GRANA.

OLIVARES. (*Furioso y con desvarío.*)
Qué placer!—Sin dilacion
preso lo traerán aqui...
—Yo quiero testigos, sí,
que vean su humillacion.
(*Llamándolos.*)
Mendaña, Grana!—Sí, á fe.—
Os llamo, señores...—Oh!
Él ante ellos me burló,
yo ante ellos le humillaré!
—Ya se acercan.—Mi venganza
será solemne.

MENDAÑA. (*Entrando con Grana y Castilla.*) Señor...

OLIVARES. Os hice venir...

MENDAÑA. Mejor.

OLIVARES. Para una... famosa chanza.

GRANA. Una chanza?

OLIVARES. Sí...—Hará un mes
que aqui con discretos modos
nos burló Quevedo á todos...
Y yo, por burlarle...

MENDAÑA. Pues!..

OLIVARES. Voy... á prenderle.
MENDAÑA. Es razon.
—Pendiente dejó un soneto...
si hoy no le dice, y completo,
diez minutos de prision.
Y eso conforme y segun.
OLIVARES. Oid!.. (*Ruido dentro á la derecha.*)
CAPITAN. (*Dentro.*) La espada...
QUEVEDO. (*Idem.*) Oh! Jamás!
CAPITAN. Soldados, matadle!
QUEVEDO. (*Entrando espada en mano acosado por el capitan y guardia.*) Atrás!..
MENDAÑA. (*Sujetándole la espada por detrás y riéndose.*)
Faltan seis versos aun.

(*Los soldados rodean á Quevedo: el capitan le arranca la espada, y Olivares le contempla con aire de triunfo. Quevedo permanece impasible mirando á todos lados. Rapidez.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y MARGARITA, *que aparece á las hojas de la cámara del Rey á tiempo de prender á* QUEVEDO.

OLIVARES. (*Viéndola y con alegría.*)
(Ella!.. hoy todo lo concilia
para mi triunfo el destino!)
MARGARITA. (*Que al ver á Quevedo entre los guardias ha hecho un movimiento de terror.*)
Al embajador que hoy vino
de la corte de Sicilia,
quiere ver su Magestad.
OLIVARES. (*Con estrañeza á Margarita.*)
Dónde está ese embajador?..
QUEVEDO. Aqui, con guardia de honor!
OLIVARES. (*Aterrado.*) Cómo!
MARGARITA. Es verdad! (*Entra en la cámara.*)

(*Los soldados dan en tierra con el cuento de sus alabardas, puestas antes en alto. Quevedo pasa por entre ellos, que le dejan paso, y el capitan le entrega la espada rodilla en tierra. Este movimiento y las muestras de asombro de Mendaña, Castilla y Grana, han de ser instantáneos.*)

QUEVEDO. (*Á Olivares con sorna envainando su espada.*)
Es verdad.
(*Los cortesanos hablan entre sí y con el capitan.*)
OLIVARES. (Mísero de mí!)
(*Con desesperacion.*)
QUEVEDO. (*A Olivares aparte.*) Del lance
salí con dicha completa.
OLIVARES. Sois!..
QUEVEDO. (*Interrumpiéndole.*) Embajador-poeta,
con mi credencial-romance.
(*En alta voz.*)
Paso á la cámara real.
(*Saludando.*) Señores...—Pero es de ley
que hoy el ministro del rey
me acompañe...
(*Aparte á Olivares que se acerca para hacerlo asi.*)
(Hasta el humbral!)
(*Dirígense los dos á la cámara del Rey.*)
MENDAÑA. (*Á los demas.*) Qué Quevedo y qué Olivares!..
(*Hablan todos con calor.*)
OLIVARES. Ved lo que haceis.
QUEVEDO. Teneis miedo?
OLIVARES. ¿Eso imaginais, Quevedo?
QUEVEDO. Mucho se encrespan los mares.
OLIVARES. Soy piloto.
QUEVEDO. Conde-duque...
Dije mal... Señor piloto,
sopla furibundo el noto,
y hace agua ya vuestro buque.
OLIVARES. (Oh! me hace temblar!)
QUEVEDO. Qué manos
tan frias!.. Cosa mas rara!..
Reid!.. Poneis una cara!..
—Qué dirán los cortesanos?
Vedlos ya mustios y tristes...
Tal vez harán ya un misterio,
de que os mantengais tan serio,
mientras yo os abrumo á chistes.
—Reid, reid!.. (*Á todos.*)—Oh, señores!..
Su escelencia honra á mi númen...
Dice que de este cacúmen
nunca oyó chistes mejores.
(*Como lastimándose.*)

Y os habeis quedado á oscuras!..
—Pues ved... de risa Olivares
aun se aprieta los hijares,
y va á echar las asaduras.
Gracias le dije á montones...
—Si os las cuenta bien contadas,
(*Riéndose.*)
ya vereis... qué carcajadas!..
(*Aparte á Olivares al entrar y en el tono que mejor le parezca al actor.*)
(Ya vereis... qué convulsiones!!)
(*Saluda y entra.*)

MENDAÑA. Va que se le lleva el aire!

OLIVARES. (*Con terror.*)
(Hombre infernal!.. Tengo miedo!..)

MENDAÑA. (*Acercándose á Olivares con todos los demas y en tono jovial ó riendo.*)
Qué donaire el de Quevedo!..

OLIVARES. (*Estremeciéndose.*)
Quevedo!..
(*Haciendo un esfuerzo para reirse, pero con amargura.*)
—Sí... qué donaire!..

Cae el telon.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon del palacio del Buen-Retiro. En el fondo una galería de poca altura, á la cual conduce una ancha gradería con dos ramales á derecha é izquierda. Sobre la meseta, á donde parten estas tres escaleras, se abre en el fondo una puerta de dos hojas que conduce á la antecámara y habitaciones del Rey, de modo que, abiertas las hojas, dejan ver un rompimiento de salones al nivel de la meseta. A la derecha en primer término puerta que guia á la parte esterior del palacio; en segundo la de la cámara de la Reina: á la izquierda en primer término las habitaciones de Olivares; en segundo una puerta secreta.

ESCENA I.

Al levantarse el telon, aparecen QUEVEDO *y* MARGARITA *subiendo á la meseta por los ramales de derecha é izquierda, con papeles en la mano. Al llegar ellos arriba se abren las dos hojas y sale* OLIVARES *que los detiene al tiempo ya de entrar.*

QUEVEDO, MARGARITA, OLIVARES.

OLIVARES. Cómo!.. Adentro?.. Pues afuera.
—Ambos subís á la par...
Volved ambos á bajar...
—Son percances de escalera...
(*Movimiento de Quevedo y Margarita.*)
Tres pasos hay espeditos,
(*Señalando las tres bajadas.*)
con que... (*Comenzando á bajar por la de en medio.*

QUEVEDO. (*A Margarita con resignacion afectada.*)
Acatemos sus leyes...
(*Bajan los tres, cada cual por su lado.*)

MARGARITA. (*A Olivares señalando el centro y como reprochándole.*)
Por alli bajan los reyes.

OLIVARES. Y tambien los favoritos.—
(*Despues de mirarlos alternativamente.*)
A las puertas principales
prefiriendo estos canceles,
ibais al Rey con papeles...
son, por dicha, memoriales?
QUEVEDO. Sí; y el que tengo en la mano
dice al Rey:—«Señor, piedad
para España!.. Del tirano
sálvenos su Magestad.»
OLIVARES. (*A Margarita con frialdad.*)
Y el vuestro?
QUEVEDO. Con sangre escrito,
dice al esposo:—«Señor,
en la virtud no hay delito!..
Castigad al impostor!»
OLIVARES. Y esperais?..
(*Señal afirmativa de Quevedo. Margarita aparece pensativa.*)
Mucho me alegro.
Lo pintais de azul?..—Distintas
son de las vuestras mis tintas,
y os lo pintaré de negro.
MARGARITA. (*Con inquietud.*) (Qué designios?..)
OLIVARES. Desde ayer
os observo sin cesar;
y es difícil engañar
á la astucia y al poder.
QUEVEDO. Contra el poder hay poderes...
OLIVARES. No los teme mi privanza.
MARGARITA. Aun nos queda la esperanza...
OLIVARES. Prendida con alfileres. (*Sonriéndose.*)
—Ni la audacia ni el ardid
os salvan... Por vuestro mal,
el Rey parte al Escorial
y yo... me quedo en Madrid.
MARGARITA. (Oh!)
OLIVARES. Tarde dais la batalla.
Cuando ayer al Rey hablasteis,
¿dónde ese escrito dejasteis?..
QUEVEDO. Es buen cañon de metralla!
OLIVARES. Pero inútil ya.
MARGARITA. (Gran Dios!)
OLIVARES. Hoy, para mí solo abiertas,

ciérranse del Rey las puertas
para vos... y para vos...
—Como encontrasteis cerrada
ya la puerta principal,
para la cámara real
elegisteis la escusada... (*Señalando al fondo.*)
Pues todas, todas lo estan.
No entrareis, no.

MARGARITA. (Dios eterno!)

QUEVEDO. Aunque se oponga el Infierno,
estas cartas entrarán.

OLIVARES. Mucho confiais...—La infanta
confia menos... Sin duda,
al ver la verdad desnuda,
vuestra situacion la espanta.
Reparad en su afliccion...
(*Movimiento de Margarita.*)
Mirad... Ella es el espejo
donde se ve, por reflejo,
vuestra pobre situacion.
Vedla... temblando quizás...

MARGARITA. No!.. La infanta Margarita,
noble, ante el crímen se irrita;
—pero no tiembla jamás.

QUEVEDO. (Bien, muy bien!)

MARGARITA. Valor, Quevedo!

QUEVEDO. Nunca me asustan azares.

MARGARITA. (*Con dignidad y retirándose hácia la derecha.*)
Yo nunca tiemblo, Olivares.
(*A Quevedo que la acompaña.*)
(Estoy temblando de miedo!
—Guardadme esta carta... Ay Dios!)

QUEVEDO. (Confiad en vos.)

MARGARITA. (Oh! sí,
yo confio mucho en mí;
pero mas confio en vos.) (*Dale el papel y entra en la cámara de la Reina.*)

ESCENA II.

OLIVARES, QUEVEDO.

QUEVEDO. De la corte de Sicilia
soy á esta corte enviado...
OLIVARES. (*Interrumpiéndole.*)
Á tratar cosas de Estado,
y no asuntos de familia.
QUEVEDO. Pues al Rey quiero hablar hoy;
con que introducidme al punto.
OLIVARES. Yo, si es de Estado el asunto,
ministro de Estado soy.
(*Quevedo dirige una mirada al rededor. Olivares se sonrie.*)
QUEVEDO. Quereis jugar un albur!..
OLIVARES. Sí, somos quién para quién.
QUEVEDO. Nos conocemos muy bien.
OLIVARES. Va de tahur á tahur.
—Asi, pues, hablemos claros.
QUEVEDO. Es verdad; seamos sinceros.
OLIVARES. Yo hice voto de perderos.
QUEVEDO. Voto hice yo de arruinaros.
—Oh! siempre os quise infinito.
OLIVARES. Hoy lo veo... Y lo ví antes
por cien sátiras picantes
que contra mí habeis escrito.
—Yo siempre os tuve aficion.
QUEVEDO. Sí, sí... me responden de eso
los años que estuve preso
en San Marcos de Leon.
(*Con amargura.*)
Mucho frio, hambre no poca,
y con grillos en los pies,
solo me faltaba...
OLIVARES. Pues;
una mordaza en la boca.
QUEVEDO. Vive Dios!
OLIVARES. Si hoy, ú otro dia,
volveis allá por fortuna,
mandaré poneros una...
y enmudecerá Talía.

QUEVEDO. Es que no pienso volver
á San Marcos de Leon;
—pienso, y yo sé la razon,
derrocar vuestro poder.
OLIVARES. Ya... lo pensais...
QUEVEDO. Este escrito
prueba de un modo fatal
que el Rey perdió á Portugal
por culpa del favorito.
Y aunque, segun la razones
de este, España en aquel dia
por un cetro que perdia
ganaba muchos millones;
sabido de todos es
que el buen monarca lloró
cuando Braganza se alzó
con el cetro portugués.—
—Pues bien, tenedlo presente:
cuando el Rey lea este escrito...
OLIVARES. Bien, se pierde el favorito;
lo confieso llanamente.
—Pero el rey no lo leerá.
QUEVEDO. Lo adivinais?
OLIVARES. Lo adivino.
QUEVEDO. Ya buscaremos camino...
OLIVARES. No os queda ninguno ya.
—El Rey saldrá por la puerta
principal... En este espacio,
para cruzar el palacio
no hallareis ninguna abierta.
—Los que entren hasta las salas
que por este lado estan,
ya al otro lado no irán,
—á no ser que tengan alas.—
Saldrá el Rey...—Y ni allá fuera
podreis hablarle al partir;
pues no os dejarán salir
ni á los zaguanes siquiera.
QUEVEDO. Es decir...
OLIVARES. Que en mi opinion,
no derrocais mi poder;
y que al fin vais á volver
á San Marcos de Leon.

QUEVEDO. No.—Mi esperanza...
OLIVARES. Está ya,
como dije antes...
QUEVEDO. Perdida?
OLIVARES. Con alfileres prendida:
(*Saluda y vase por el fondo.*)
ja, ja...

ESCENA III.

QUEVEDO, *luego* GRANA, MENDAÑA *y* CASTILLA.

QUEVEDO. (*Despues de un momento de reflexion.*)
Ja, ja, ja ja, ja! (*Carcajada natural.*)
Con alfileres... Á ver... (*Discurriendo.*)
—Sí, conde-duque... Sin duda...
Vuestra ocurrencia... es aguda...
como... punta de alfiler!
GRANA. *(Por la derecha.)*
—Don Francisco de Quevedo... (*Saludando.*)
QUEVEDO. Señor marqués de la Grana...
GRANA. Cómo! Os vais?
QUEVEDO. De mala gana,
si os quedais vos.
GRANA. Sí, me quedo.
QUEVEDO. Y haceis bien.—Yo, aunque me voy,
volveré aqui... Lo deseo,
porque mucho, segun creo,
nos divertiremos hoy.
MENDAÑA. (*Entrando con Castilla.*)
Hoy en palacio es gran dia.
QUEVEDO. Juntos os dejo á los tres.
—Contad, Mendaña, al marqués
eso de Fuenterrabía.—
Con que, hasta luego, señores...
MENDAÑA. Qué llevais en el magin?
QUEVEDO. Nada.
MENDAÑA. Nequaquam.—En fin,
¿qué trazais?
QUEVEDO. Varias labores...
Sí, labores de mugeres...
MENDAÑA. Mejor!.. Siempre estais de chanza.

QUEVEDO. Quiero prender la esperanza,
y ando... en busca de alfileres.
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos QUEVEDO.

MENDAÑA. Siempre zumbon y chancero.
CASTILLA. Siempre venático y loco.
Vive Dios que hemos de verle...
CASTILLA. Dónde?
CASTILLA. En Toledo y muy pronto.
Sí, pardiez, esa cabeza,
tiene ya seco el meollo.
GRANA. Sí, don Francisco...
CASTILLA. Por menos,
estan enjaulados otros.
GRANA. Y ahora recuerdo: me dijo
que hoy aqui debemos todos
ver...
MENDAÑA. Una gran ceremonia:
sí, la de la copa de oro.
GRANA. Qué copa es esa?
MENDAÑA. Ignorais?..
Yo os enteraré de todo.
Es una gran ceremonia
que ha de llenaros de asombro.
—El consejo de Castilla
en el año treinta y ocho
consultó...—Mejor que nadie
sé lo que hubo en el negocio.
—Es el caso que Olivares,
mandando socorro pronto,
nos salvó á Fuenterrabía
que á no ser por él... ¡Demonio!
Pues bien; en premio debido
á su proceder heróico...
CASTILLA. (*Que se ha vuelto á otro lado desde la narracion de Mendaña.*)
Pues qué, ¿socorrióla él mismo?
MENDAÑA. No; pero envió el socorro.

—Y en recompensa, y por juro
de heredad, alcaide propio
y perpetuo le nombraron
de la ciudad... Pero, cómo!..
Con el item de que el Rey,
de su amor en testimonio,
siempre al ministro, en tal dia,
por recuerdo tan glorioso
le ha de enviar un presente
digno de su real decoro,
para honrar de tal jornada
los aniversarios todos.
—Y hoy, lo mismo que otros años,
como es público y notorio,
el Rey envia á Olivares
una sin par copa de oro...
Y ademas, en un billete,
—billete de puño propio!—
colocado en tres dobleces
de la gran copa en el fondo...

CASTILLA. (*Con impaciencia.*)
Pues, el rey Felipe Cuarto
con esquisitos piropos,
da las gracias á Olivares
de lo que sudaron otros.

MENDAÑA. Mejor es callar.—El caso
es que el Rey de puño propio,
escribiendo al de Olivares,
le dice con mil encomios:
«Que al aceptar en tal dia
de su Rey la copa de oro,
brinde con ella tres veces
por la patria y por el trono.»

CASTILLA. Por el trono y por la patria!..
Él los ha hundido en el polvo...
Vive Dios!..

MENDAÑA. El Rey, Castilla,
sabrá mejor que nosotros...

GRANA. Con que hoy es la ceremonia?..

MENDAÑA. Ciertamente.—Si es famoso
este gran aniversario.

CASTILLA. Yo, como estrangero, ignoro...

MENDAÑA. Pues ya vereis... A las cinco

por alli.. (*Señalando al fondo.*)
Si es un asombro!..
Oh! qué pompa, qué aparato!..
Ni la procesion del Corpus!..

ESCENA V.

Dichos y OLIVARES *por el fondo, y cerrando las hojas tras de sí.*

OLIVARES. Señores, pláceme veros
hoy en palacio tan pronto.
MENDAÑA. Como es la gran ceremonia...
OLIVARES. Sois muy puntuales.
MENDAÑA. El gozo...
OLIVARES. Desde aqui á las cinco hay tiempo.
—Hoy me ocupan mil negocios...
—Ah!.. Su Magestad hoy mismo
parte al Escorial.
GRANA. Supongo
que ireis con él.
OLIVARES. No, por cierto.
MENDAÑA. Ya... con que el Rey parte solo?..
OLIVARES. Yo con vosotros me quedo.
MENDAÑA. Pues mejor para nosotros!
OLIVARES. Pero el Rey á su partida
sabio dispondrá que, como
siempre, al sonar hoy las cinco,
se me dé la copa de oro.
MENDAÑA. Mejor, mejor.
OLIVARES. Su partida
no puede ser un estorbo:
—sí, vereis la copa este año
como la visteis los otros.
MENDAÑA. Mejor que mejor.
GRANA. ¿Y cuándo
parte el Rey?
OLIVARES. Dentro de pocos
momentos.—Si su salida
quereis presenciar vosotros,
á las puertas de palacio
acudid, y acudid pronto.

MENDAÑA. Es verdad.
OLIVARES. Para su marcha
ya está prevenido todo;
con que.....
GRANA. Vamos pues.
MENDAÑA. Al punto.
OLIVARES. (*Abriendo la puerta secreta con una llave pequeña.*)
Venid, por aqui es mas corto.
MENDAÑA. Vos mismo!.. Gracias! (*Pasan los tres.*) Sois el hombre mejor que conozco.

ESCENA VI.

OLIVARES, MARGARITA, *la* REINA.—*Esta, conducida por aquella de la mano, sale de su cámara, al tiempo que* OLIVARES *está cerrando la puerta secreta.*

MARGARITA. (Pero eres la Reina!..)
(*Á Olivares con acento imperioso.*)
—Oid,
que os habla su Magestad.
(*Olivares se vuelve inmediatamente y hace una reverencia irónica.*)
(Valor!) (*Aparte á la Reina.*)
REINA. (Yo tiemblo...)—¿Es verdad
que hoy... parte el Rey... de Madrid?
OLIVARES. Verdad, señora.
REINA. Pues... yo...
quisiera... verle un momento...
Con que asi...
OLIVARES. Mucho lo siento;
es imposible.
REINA. Ay!
MARGARITA. No, no!
REINA. Concededme esa demanda...
OLIVARES. El Rey á todos la niega.
REINA. Sí, sí... la Reina os lo ruega...
MARGARITA. No, no!.. la Reina os lo manda!
OLIVARES. (*Sonriéndose.*)
La obediencia...
MARGARITA. En vos es ley.

OLIVARES. (*Dirigiéndose al fondo.*)
Si el Rey lo manda, señora,
entrareis luego...
MARGARITA. No; ahora!
OLIVARES. (*Con acento seguro.*)
Luego que lo mande el Rey. (*Sube y entra.*)

ESCENA VII.

MARGARITA, *la* REINA, *despues* QUEVEDO.

REINA. Lo ves?.. Tan inútil paso...
MARGARITA. Veo, con grande afliccion,
que no tienes corazon
de Reina!..
REINA. Y lo soy acaso!
MARGARITA. No sabes serlo.—Has pedido,
y él con razon ha negado...
Mas si hubieras tú mandado,
él hubiera obedecido!
REINA. Ese hombre me infunde miedo.
MARGARITA. Qué pálida estás!..
REINA. Ay Dios!
MARGARITA. (*Mirando á la derecha.*)
Alguien se acerca.—Sois vos?..
Ah! venid, venid, Quevedo.
QUEVEDO. (*Entrando.*) Vuesa Magestad...
MARGARITA. Un modo
discurrid vos...
QUEVEDO. Ni una puerta
hay por ese lado abierta.
MARGARITA. Todo se ha perdido, todo!
QUEVEDO. El Rey partirá al momento,
—si es que no ha partido ya...
—Y Olivares dónde está?
MARGARITA. Vedle.
(*Señalando el fondo por donde aparece Olivares.*)

ESCENA VIII.

Dichos y OLIVARES.

OLIVARES. (*Á la Reina bajando.*) Señora, lo siento.
MARGARITA. Qué traeis?
OLIVARES. La despedida
del Rey traigo; y no os asombre:
dice el Rey que yo en su nombre
de la Reina me despida.
MARGARITA. Sois!..
OLIVARES. Un súbdito obediente
que del Rey cumple el mandato.
REINA. Mas el Rey...
OLIVARES. Dentro de un rato
partirá.
QUEVEDO. (Perfectamente...
no ha partido el Rey aun...)
REINA. Me retiro.
OLIVARES. Guardeos Dios.
MARGARITA. (*A la Reina que con ella se dirige á la cámara.*)
Lloras?
REINA. (*Con angustia.*) Ay! (*Entra.*)
OLIVARES. (*A Quevedo.*) Pobre de vos!..
QUEVEDO. Eso... conforme y segun,
como se suele decir.
OLIVARES. El Rey parte.
QUEVEDO. Bien, que parta.
—Pienso... escribirle una carta.
OLIVARES. Si os la dejan escribir.
QUEVEDO. Pienso... que la tengo escrita.
OLIVARES. Quién va á llevarla ademas?
QUEVEDO. Quién? El demonio quizás.
OLIVARES. Bien.—La infanta Margarita,
(*Dirigiendo una mirada á Margarita, que despues de acompañar á la Reina hasta el umbral, se ha quedado inmóvil á la espalda como dominada por su situacion.*)
que ya el desengaño toca,
ved... no acude como vos
al demonio... Acude á Dios,
ya con el Credo en la boca.

MARGARITA. (*Con indignacion.*)
(Me insulta!)
OLIVARES. Rezais?
MARGARITA. No rezo...
no... pues al ver que en su abismo
Dios no os confunde... ahora mismo
á dudar de Dios empiezo!..
—No, no, Dios mio, perdon!!..
OLIVARES. Delirais... y no lo estraño;
víctima de un desengaño...
MARGARITA. ¿Os lo dice el corazon?
—Víctima será la Infanta
Margarita de Saboya;
pero en su valor se apoya
como una víctima santa.
OLIVARES. Víctima.
MARGARITA. Firme y enhiesta...
capaz, porque á Dios le plugo,
de humillar á su verdugo
con una risa... Oh! como esta. (*Risa violenta.*)
OLIVARES. Vive Dios!..—El soberano
va á partir... y yo me quedo:
ay de vos y de Quevedo!..
QUEVEDO. Puede que el Rey parta en vano.
OLIVARES. Aun esperais que el demonio
lleve al Rey aquel escrito?..
QUEVEDO. Sí.
OLIVARES. Pues me alegro infinito.
Dadme despues testimonio.
QUEVEDO. Puede que lo tenga ya.
OLIVARES. Pues, aunque al demonio encuentre,
temo que el papel no entre.
QUEVEDO. Lo ofrecí yo, y entrará
OLIVARES. Lo ofrecisteis?
QUEVEDO. Lo ofrecí.
OLIVARES. Cumplidlo.
QUEVEDO. Lo cumpliré.
OLIVARES. No á fé, Quevedo.
QUEVEDO. Si á fé.
OLIVARES. No por Dios.
QUEVEDO. Por Dios que sí!
OLIVARES. La esperanza es en los seres...
QUEVEDO. Todo.—Y cual decís en chanza,

yo, por tener esperanza,
la prendí con alfileres.

OLIVARES. Pues la esperanza guardad,
y el papel tambien, (*Sonriéndose.*) los dos...
(*Hace movimiento para retirarse.*)

MARGARITA. (*Ap. á Quevedo con ansiedad.*)
(Quién lleva el papel!..)

OLIVARES. Y adios.
(*Olivares se retira haciendo una cortesía irónica.*)

MARGARITA. (*Con afan á Quevedo.*) Quién?..

QUEVEDO. El demonio... mirad!
(*Señalando á Olivares, que al volverse y subir la gradería, enseña el papel que Quevedo le ha prendido á la espalda. Entra Olivares.*)

ESCENA IX.

QUEVEDO, MARGARITA.

MARGARITA. Gran Dios!..

QUEVEDO. Á muerte ó á vida.
Ya no quedaba otro medio.

MARGARITA. Nuestra suerte...

QUEVEDO. Sin remedio,
ya está ganada ó perdida.

MARGARITA. Si viese el papel...

QUEVEDO. Propicios
serán los cielos...

MARGARITA. Mas él...

QUEVEDO. Lleva á la espalda el papel
como el costal de sus vicios.
Desechad, señora, el miedo.

MARGARITA. Ay!..—Esto á nadie lo digo,
sino á vos... que sois mi amigo:—
¡Yo estoy temblando, Quevedo!
(*Pausa.*)
Y vos no temblais?..
(*Asiéndole de una mano como para cerciorarse.*)

QUEVEDO. (*Agitado.*) Señora...

MARGARITA. (*Con asombro.*)
Sereno! (*Pausa.*)—Ahora, no!..

QUEVEDO. (Ay de mí!)

MARGARITA. Temblais, como yo!..

QUEVEDO. Sí, sí...

comienzo á temblar ahora!..

MARGARITA. Tambien!..

QUEVEDO. Tambien... ya lo veis...
Tiemblo...—Mas no de terror...
de...

MARGARITA. No lo digais!.. *(Alejándose.)*

QUEVEDO. (De amor!)

MARGARITA. No me hableis... ni me mireis!!.

QUEVEDO. Tiene razon.

(Quevedo queda á la izquierda; Margarita se ha apartado bastante hácia la derecha.)

MARGARITA. (Estoy loca!..
Qué hice yo?..—Su mano ardia...
Tal vez la abrasó la mia!..)

QUEVEDO. (Al fin me estrellé en la roca.)

MARGARITA. (No le quiero hablar... ni aun ver!..
Pediré fuerzas al cielo..) *(Queda como si orase.)*

QUEVEDO. (Corazon, si eras de hielo,
¿cómo es que hoy te siento arder?
El amor!.. Cierto; asi empieza...
—Y este afan, esta zozobra...
Ay! el corazon me sobra,
y me falta la cabeza.)

(Margarita desde este verso sigue afanosa todos los movimientos de Quevedo.)

Amor... Tú dices que sí...
Tú has dicho siempre que no...
Cierto, yo tengo otro yo,
que combate contra mí!
—El corazon y la mente...
—El sentimiento y la idea...
El espíritu que crea,
y el espíritu que siente!..
Si entrambos contrarios son,
quién?..—Segun lo que aqui siento,
mal sujeta el pensamiento
las alas del corazon!)

(Quevedo se vuelve de improviso á Margarita.)

Vos... (La tendiera mis brazos!)

MARGARITA. Vos...

(Entrambos se miran fijamente sin dar un paso.)

OLIVARES. *(Apareciendo en el fondo.)*
Mientras yo, como es ley,

voy á despedir al Rey...
id uniendo esos pedazos!

(*Arroja al pasar varios pedazos de papel y desaparece por la puerta secreta. Margarita da un grito de terror.*)

MARGARITA. (*Aproximándose á Quevedo.*)
Todo perdido!.. Mirad!..

QUEVEDO. (*Desviándose.*) Sí; por mi culpa... Y ahora,
¿no me aborreceis, señora?

MARGARITA. Callad, Quevedo, callad!

QUEVEDO. Yo, que soñé en mi delirio
la palma del triunfo daros,
y al fin logro coronaros
con la palma del martirio!

MARGARITA. Comun nos será esa palma.

QUEVEDO. Yo soy quien os pierde á vos...
Yo, si... —Confúndame Dios!

MARGARITA. Me estais desgarrando el alma!

QUEVEDO. Maldecidme, y de ese modo...

MARGARITA. Nunca!

QUEVEDO. Mi tormento veis...
pero no, no comprendeis...

MARGARITA. Todo!.. lo comprendo todo!

QUEVEDO. Ved mi dolor!

MARGARITA. Ved mi llanto!
(Ya fuera un crímen callar.)

QUEVEDO. Causa teneis para odiar
al hombre... que os ama tanto!

MARGARITA. Odiaros!.. Teneis razon...
y para saberlo bien,
preguntadlo...

QUEVEDO. A quién, á quién?

MARGARITA. A mi pobre corazon!

QUEVEDO. Yo...

MARGARITA. Yo tambien, ay de mí!..
yo... que no tengo suspiros,
yo...—No sé cómo deciros...
cómo espresaros...—Oh!.. asi!..

(*Tendiendo con ternura una mano á Quevedo, que se la besa apasionadamente.*)

No!.. no hableis... no; por piedad!..
Ya perdidos, un deber
santo nos resta... Poner
en salvo á su Magestad.

—Id; que esa prueba sangrienta
guarde ella misma...

QUEVEDO. (*Encaminándose á la derecha.*)
Sí, sí...
Pero ella viene hácia aqui.

ESCENA X.

QUEVEDO, MARGARITA, *la* REINA. *Despues* OLIVARES, MENDAÑA, CASTILLA *y* GRANA *por la puerta secreta.*

REINA. Ya partió el Rey.

MARGARITA. La tormenta
sobre nosotros avanza!..
Perdidos Quevedo y yo...

REINA. Todo se ha perdido...

MARGARITA. No!
Todo... menos tu esperanza!

QUEVEDO. Y pues solo en vuestra mano
estará sin riesgo ahora,
vos... Guardadla vos, señora...
(*Dándola la carta del conde.*)

REINA. Sangre! No... vos...

QUEVEDO. Y el tirano?
Ved que estoy bajo su ley.

REINA. Guárdala tú. (*A Margarita.*)

MARGARITA. Cómo! en dónde!

QUEVEDO. (*Arrodillándose.*) Tomad la carta del conde!

OLIVARES. (*Apareciendo por la puerta secreta con Mendaña, Castilla y Grana.*)
Esta primero... Es del Rey!

(*La Reina, que iba ya á tomar la carta de Quevedo, toma la que le ofrece Olivares. Quevedo se levanta y guarda la suya con despecho.*)

Al entrar en su carroza
«para la reina» me dijo.

REINA. (*Despues de leer un momento.*)
No estuvo el Rey muy prolijo.
(Cuánto en mi dolor se goza!)
Órdenes son que en su ausencia
el Rey me encomienda á mí.

OLIVARES. Señora, todos aqui

os debemos obediencia.
Con la puerta principal
hice abrir hará un momento
la que une vuestro aposento
á la cámara real.

REINA. Cuanto al dejar su morada
mandó el Rey...

OLIVARES. En cierto modo,
fué para la Reina todo.

REINA. (Y para la esposa nada!)

OLIVARES. Hoy, humildes servidores,
al Rey miramos en vos.

REINA. Basta, Olivares.—Adios. (*Despidiéndose.*)

OLIVARES. Saludo... á mi Rey.—Señores,
id... Muy contentos y ufanos
hoy con un Rey de ese porte,
pienso que le hareis la corte
como buenos cortesanos.

(*La Reina entra en su cámara acompañada de Margarita y seguida de Mendaña, Castilla y Grana.*)

ESCENA XI.

QUEVEDO, OLIVARES.

OLIVARES. Vos, no vais...

QUEVEDO. Porque me quedo.

OLIVARES. (*Señalando los pedazos de papel.*)
Ved... trocitos de esperanza...
¿No los unisteis, Quevedo?
(*Quevedo se sienta en un sillon.*)
Cómo!.. os sentais? Yo no puedo
permitir...

QUEVEDO. Parece chanza,
y asi estoy mas descansado.

OLIVARES. Venzo al fin, y estais perdido.

QUEVEDO. Pues me perderé sentado.
Mas, si venzo, estoy ganado...

OLIVARES. (*Interrumpiéndole.*)
Cómo os ganareis?..

QUEVEDO. Tendido.

OLIVARES. Al respeto me faltais!

QUEVEDO. Nada temo, si perdeis;
nada espero, si ganais;
y en mí, ganeis ó perdais,
ya ni quitais ni poneis.
OLIVARES. Parece que estais de humor.
QUEVEDO. Mucho!
OLIVARES. Os le quiero seguir.
QUEVEDO. Bravo!.. Mejor que mejor,
como en placer y en dolor
suele Mendaña decir.
OLIVARES. La esperanza que os rasgué
y ahi en trocitos está...
La de la espalda...
QUEVEDO. Ya sé...
OLIVARES. Cayó en mis manos... A fé
que el cómo gracia os hará.
—El buen Rey se paseaba,
y yo en su mesa escribia;
pero él, que á mi espalda estaba,
muy curioso me miraba...
Y al fin, con sorpresa mia:
—Quién á mi buen favorito
pone mazas sin respeto?
dijo, y me dió el papelito.
QUEVEDO. Cómo!.. El Rey os dió el escrito?
OLIVARES. *(Riéndose.)* Sí.
QUEVEDO. (*Levantándose.*) Pues... anduvo discreto.
OLIVARES. Suponeis?..
QUEVEDO. Que lo leyó.
OLIVARES. Eso al pronto me temí...
mas conmigo se riyó
de la gracia y... ví que no.
QUEVEDO. Pues luego vereis que sí.
OLIVARES. No.—Al partir, muy lisonjero
me habló el Rey... Besé su mano...
QUEVEDO. Pues asi besa el cordero
la mano del carnicero...
OLIVARES. Delirais.—El soberano
con su real mano despues
puso una carta en las mias
para la Reina...
QUEVEDO. Eso es...
¿Y no os ha ocurrido, pues,

que era la carta de Urías?

OLIVARES. Eso pensais?

QUEVEDO. Sí, por Dios!
Todo el Rey lo sabe ya;
ya no sois uno los dos!..
Ya el Rey os execra á vos!..
Y en su carta...

OLIVARES. Claro está:
prevendrá el Rey (Dios le guarde)
á la Reina, con decoro,
que ella misma en regio alarde
á las cinco de esta tarde
me ofrezca la copa de oro.

QUEVEDO. No.

OLIVARES. Las cinco van á dar.
—El Rey á la Reina ha escrito,
y hoy la Reina á su pesar
debe al favorito honrar...

QUEVEDO. Ó perder al favorito.
—Ya no hay copa de oro... no.

(*Da la primera campanada de las cinco.*)

OLIVARES. Escuchad... llegó el momento.

QUEVEDO. (Me asesina ese reló.)
(*Pausa.*)
Cinco... campanadas...

OLIVARES. (*Mirando á la puerta del fondo con terror.*)
Oh!

QUEVEDO. (*Despues de un momento.*)
No hay copa!

OLIVARES. (Estoy sin aliento!)

QUEVEDO. Dió la postrer campanada...
mas no se abre aquella puerta...
(*Sonrisa de Quevedo y espanto de Olivares.*)
no... no se abre... nada... nada!..
Mirad... cerrada... cerrada...
(*La puerta se abre.*)
Oh! (*Con rabia.*)

OLIVARES. (*Con sonrisa de triunfo.*)
Mirad... abierta... abierta!..

ESCENA XII.

Dichos, y al abrirse las hojas del fondo aparece MENDAÑA *trayendo en una bandeja una copa de oro con un billete cerrado en el fondo. Al lado de* MENDAÑA *salen* GRANA *y* CASTILLA. *Durante los versos que siguen, el primero baja la gradería del centro, seguido de un ugier; y los otros dos, por los ramales de derecha á izquierda, abriendo la marcha á dos filas de caballeros, pajes, damas y meninas que se colocan luego en semicírculo, dejando en el centro á* MENDAÑA *con el ugier á la espalda.—Al bajar la comitiva, la* REINA *aparece en la galería entre* MARGARITA *y* DOÑA INÉS.

QUEVEDO. (Siempre la loca fortuna
mala fué para los buenos!..
—El cielo...—Alli está la luna;
y esa no da luz ninguna
cuando la noche es de truenos!)

OLIVARES. Mato al fin vuestra esperanza.
—En San Marcos de Leon
será horrible mi venganza!..

QUEVEDO. Teneis...

OLIVARES. Poder y privanza...
Mirad!..

UGIER. Silencio! atencion!

REINA. Conde-duque, sentaos y cubríos. (*Hácelo asi.*)
(Me querrá ver el Rey mas humillada!)
Gozais de tan cumplida preeminencia
desde que el Rey os concedió esta gracia.
(*La Reina debe decir esto lentamente y como haciendo un esfuerzo para ello.*)
Hoy, al partir el Rey á San Lorenzo,
para la Reina os entregó una carta:
me la disteis: en ella me previene
el Rey, bajo su firma soberana,
que en honor... vuestro, y en servicio suyo,
Yo, que la Reina soy de las Españas,
solemnice tambien la ceremonia
que él dejó á su partida preparada.
Y asi, con mi presencia enalteciendo
una régia merced, que es ya tan alta,

Yo,—la Reina—á ofreceros he venido,
porque el Rey, mi señor, asi lo manda,
ese presente real que sobre el trono,
bajo el rico dosel, en la real cámara,
dejó para este fin el Soberano
que os acuerda merced tan señalada.
Como todos los años, en la copa
un pliego para vos puso el monarca...
Recibid esa copa y ese pliego,
y... Dios... os dé... (*Pausa.*)

(*Olivares mira á la Reina, que se echa llorando en brazos de Margarita.*)

MARGARITA. (*Concluyendo la frase de la Reina y con solemnidad.*)
Lo que Dios os falta!

OLIVARES. Como súbdito fiel, cumplir me toca
la voluntad del Rey, siempre sagrada.
Hoy me prescribe que su copa acepte:
yo la acepto á mi vez.—Debo aceptarla.

(*Toma la copa que Mendaña le presenta con una rodilla en tierra. El ugier toma tambien la bandeja y se retira seguido de la gente palaciega, subiendo las escaleras laterales y entrando por detrás de la Reina. Entretanto, Mendaña y los demas van pasando delante de Olivares para hacerle un saludo de parabien; Quevedo pasa el último, y al llegar á su lado, se vuelve á la meseta y saluda á la Reina; todo esto durante el tiempo que se tarde en decir los versos que siguen.*)

MARGARITA. (*Ap. á la Reina.*)
(Lloras!.. Reina, valor!.. Ojos enjutos
y frente real, desprecio y arrogancia!)

REINA. (Angustia, humillacion.)

MARGARITA. (Orgullo, Reina,
que el orgullo engrandece la desgracia!)

OLIVARES. Como siempre, en la copa viene un pliego,
todo de puño real, con régias armas,
en que recuerda los servicios mios
—bien escasos á fe—nuestro Monarca.
En este pliego, como siempre, ahora
el gran Felipe Cuarto, honor de España,
frases de amor sincero me dirige
que yo—sábelo el Rey,—grabo en el alma.
—Segun uso y costumbre, un caballero
el mas ilustre y distinguido que haya

presente á la sazon, debe á su turno
abrir el pliego real, y en voz bien alta
delante de la corte repetirme
su contesto, palabra por palabra...
—Si Quevedo se digna...

QUEVEDO. (*Con rabia.*) Yo!.. (*Reprimiéndose.*) Me digno.
(*Aparte á Olivares.*)
(Por respeto á esa Reina desgraciada.)

OLIVARES. Pues tomad el papel.
(*Aparte á Quevedo.*) (Bravo soneto!)

QUEVEDO. (*Idem.*) (Sonetos hay pardiez...)

OLIVARES. (Sin consonancia.
Tales los hay á veces—y ese es uno—
que al lector mas robusto le atragantan.)
—Señores, atencion.—Leed, Quevedo,
en voz sonora y halagüeña y clara...

QUEVEDO. Sonora y halagüeña y clara, como
el órgano y el céfiro y el agua.
(*Mirando el pliego.*)

MARGARITA. (Su amor consagra el Rey á su enemigo.)

REINA. (Y á su esposa infeliz ¿qué la consagra?)

MARGARITA. (No llores, por piedad!)

QUEVEDO. (Cariño imbécil
el de ese imbécil Rey.)—Dice la carta.
(*Leyendo.*)
«A nuestro muy querido... (*Deteniéndose.*)
El conde-duque.»

OLIVARES. Proseguid, proseguid.

QUEVEDO. (*Leyendo.*) «Salud.»—(Tercianas!) (*Ap.*)
(*Olivares se inclina.*)

OLIVARES. Sobrescrito feliz... Romped la nema,
pues lo mas principal es lo que falta.
Las lisonjas del Rey; esos elogios
que al nivel de su trono me levantan...
—Hoy el Rey, mi señor, me hace dichoso!

QUEVEDO. (Desgarrando á la Reina las entrañas!)
(*Rompe el sello con cólera.*)

OLIVARES. Repetidme sus frases cariñosas.

REINA. (El corazon del pecho se me arranca.)

OLIVARES. Señores, atencion.—Leed, Quevedo,
en voz sonora y halagüeña y clara...

QUEVEDO. (Conde-duque!) (*Aparte á Olivares.*)

OLIVARES. Leed.—(Mirad mis ojos

radiantes de rencor y de venganza!)

QUEVEDO. (Os desprecio!)
(*A todos.*) Escuchad.—(No! no hay justicia!..)

MARGARITA. (*Á la Reina, que manifiesta terrible angustia.*)
(Valor! valor!)

REINA. (Mi espíritu desmaya.)
(*Se echa en brazos de Margarita.*)

OLIVARES. Ya vereis cuánto honor!..—Al punto...

QUEVEDO. (*Preparándose á leer.*) Al punto!..

REINA. (Ciegan mis ojos...)

QUEVEDO. (*A todos.*) Escuchad. (Oh, rabia!)
(*Leyendo.*) «Mi buen Olivares: no he menester encarecerte mi gran cariño, que es superior, y tú lo sabes, á todo encarecimiento. Aunque públicas son en estos reinos las pruebas del amor con que te distingo, hoy he de darte una mayor que todas, y dártela quiero como amigo, que no como monarca.—Muy luego daré á Madrid la vuelta; y como cumple á mis designios que tú conozcas antes esa prueba de mi buena amistad, no debo diferirla.—Es un aviso cariñoso de mi corazon: ten en cuenta el aviso, porque te importa mucho.—Olivares!.. si estuvieses en mi alcázar á mi regreso, el amigo te dará sus brazos... El Rey... su verdugo.»

(*Movimiento general de asombro.*)

OLIVARES. (*Soltando la copa y con un grito de angustia.*)
Ah!

REINA. (*Con emocion y júbilo.*)
Gran Dios!

MARGARITA. (*Conteniendo á la Reina y como si quisiera escuchar aun el eco de las últimas palabras de la carta.*
Silencio!

QUEVEDO. (*Poniendo á Olivares el papel delante de los ojos, pero con dignidad.*)
Ved.

OLIVARES. (*Dejándose caer en su sillon con desaliento.*)
Mísero de mí!

(*Quevedo se dirige hácia la Reina, Mendaña y Grana separándose de Olivares, le salen al encuentro. Castilla permanece cruzado de brazos cerca de Olivares.*)

MENDAÑA. (*A Quevedo.*) Qué asombro!

QUEVEDO. Y asi le dejais?... Volved!..
Si os dió arrimo una pared

y se hunde... arrimadla un hombro.
(*Movimiento en los dos.*)
Sombra y nido á vuestro gusto
os dió un árbol... cayó alli!..
Mas si al dejarle con susto,
buscais otro mas robusto...
No le encontrareis en mí!
Nunca, no.—Sobre cascajos,
tronco soy de rudas quiebras
que, creciendo entre espantajos,
ni ofrece nido á los grajos,
ni da sombra á las culebras.—
Ya en la cortesana grey
no hay reyezuelos... Hay dos
Reyes... La Reina y el Rey!..
(*Volviéndose á la Reina.*)
Señora, cambió la ley.

REINA. Quevedo, que os oiga Dios!

QUEVEDO. Hoy que Dios en su bondad
la luz del bien nos envia
tras de tanta oscuridad,
para vuesa Magestad
¡grande, señora, es el dia!
Hoy ante el solio español
se dilata el horizonte,
y entre nubes de arrebol
mas claro amanece el sol
porque se derrumba el monte.
(*A todos.*)
El Rey... la Reina despues!

CASTILLA. Si hoy, por fin de sus pesares,
ya la Reina Reina es,
sirva de alfombra á sus pies
el sombrero de Olivares.

(*Se lo arranca de la cabeza y lo arroja á los pies de la Reina, que baja las gradas con Margarita y doña Inés.*)

UN PAGE. (*Entrando.*) Para la Reina este pliego
del Rey, que en Atocha está.
(*Quevedo lo presenta á la Reina.*)

REINA. (*A Quevedo.*) Yo en vuestras manos lo entrego.
(*Quevedo lo abre y lee.*)

MARGARITA. (*Acercándose á Olivares despues de tomar el sombrero del suelo.*)
Conde-duque, á vos me llego,

pero sin rencores ya.—
Contrarios fuimos los dos;
pero aqui cesa mi encono.—
Matarme quisisteis vos...
—Pues bien, que os perdone Dios
lo mismo que yo os perdono!
Y pensad en vuestra cuita
que si audaz un caballero
hoy hasta el sombrero os quita...
Yo... La infanta Margarita,
hoy... os devuelve el sombrero.

(*Da el sombrero á Olivares, que lo toma confuso.*)

REINA. (*A Quevedo, que ha leido ya el pliego.*)
Órdenes del Rey serán?

QUEVEDO. Que se cumplan sin demora
quiere el Rey.

REINA. Se cumplirán.
(*Quevedo la ofrece el pliego.*)
Bien en vuestra mano están.
Vos...

QUEVEDO. Obedezco, señora.
(*A Olivares.*)
Y vos no os hagais rehacio;
por órden del Rey, salid
—sin mas término ni espacio—
ahora mismo de palacio;
y mañana de Madrid.

(*Olivares se dirige á la puerta como maquinalmente.*)

MENDAÑA. (*A Quevedo.*) Bien: mejor!

QUEVEDO. Vos, á su lado.—
Como un perro y mas puntual
seguisteis siempre al privado...
Seguid pues al desterrado,
y sereis perro leal!

MENDAÑA. Para mí tanta dureza!

QUEVEDO. Comprended, si no sois perro,
que uno acaba y otro empieza:
os dió sombra en su grandeza...
dadle sombra en su destierro!

MENDAÑA. Pero... hacerme desterrar!..

QUEVEDO. Eso, segun vuestro humor,
es mejor...

MENDAÑA. (*Con asombro.*) Mejor!

QUEVEDO. Mejor

que si os hiciesen ahorcar!

MENDAÑA. Mejor, mejor por mi vida!

OLIVARES. *(Con desvarío.)* Todo convertido en nada!

MENDAÑA. *(Dando el brazo á Olivares.)*
Conde-duque, de partida.

OLIVARES. *(Preocupado.)* Dónde?

MENDAÑA. Á buscar la salida,
porque se cerró la entrada.

(Los dos se dirigen á la puerta de la derecha.)

Si el verdugo ha de apretaros...

OLIVARES. *(Con profunda angustia.)*
Ay Mendaña!

MENDAÑA. Ea, valor!

OLIVARES. Desterrarme!

MENDAÑA. Desterrarnos!

OLIVARES. Nos destierra!

MENDAÑA. Pudo ahorcarnos!..
Con que... mejor que mejor. *(Vanse.)*

QUEVEDO. El Rey anuncia ademas
que no ha de haber favoritos
ya en su palacio jamás...
(Rumor lejano.)
—Pero ese rumor...—Quizás
llega ya el Rey.

REINA. Esos gritos...

QUEVEDO. De gozo, señora, son;
el pueblo con sus clamores
celebra su redencion!..

GRANA. Pues que el Rey llega... *(A la Reina.)*

REINA. Es razon;
id á su encuentro, señores.

QUEVEDO. *(A Castilla.)*
Decid á Mendaña vos
que si el destierro le es duro,
vuelva á entrar del Rey en pos.

(Vanse Castilla y Grana por la derecha.)

MARGARITA. ¿Dejará solo ¡gran Dios!
á Olivares?

QUEVEDO. De seguro.

MARGARITA. ¡Qué barbarie!

QUEVEDO. *(Con amarga ironía.)*
No, es piedad...
El dolor, por el contrario,

diz que ama la soledad...
(Con sarcasmo sangriento.)
Por eso la humanidad
deja al dolor solitario!

ESCENA XIII.

QUEVEDO, MARGARITA, *la* REINA.

QUEVEDO. (*A Margarita, sacando la carta del conde.*)
Vos, señora...
MARGARITA. (*Tomándola.*) Dadme luego...
QUEVEDO. Al paso, en cualquiera parte.
MARGARITA. Sepa el Rey que estuvo ciego...
(*Dirígese á las gradas rápidamente.*)
REINA. Dónde vas?
MARGARITA. (*Agitando el papel desde la meseta.*)
Voy á salvarte. *(Entra.)*
QUEVEDO. Esa carta salvadora
de vuestra virtud responde:
la escribió con sangre el conde,
y el rey va á leerla ahora.
REINA. Será inútil... Tantos dias
de olvido y separacion!..
Ya del rey el corazon
entre torpes mancebías...
QUEVEDO. Ya su ángel malo en el cieno
no podrá hundirle del vicio.
REINA. Le dejó en el precipicio!..
QUEVEDO. Que le salve su ángel bueno.
Sedlo vos.
REINA. Y su desden?
QUEVEDO. Del bien le alejaron ya!..
Vuestra mano bastará
para conducirle al bien.
—Ya no hay quien siembre zizaña;
amadle y que os ame á vos;
y haced, unidos los dos,
la felicidad de España!
REINA. Fuera en ello tan dichosa!
MARGARITA. (*Apareciendo en el fondo.*)
El Rey...

REINA. ¿Quiere ver quizás
á la Reina?
MARGARITA. Mucho mas!
Quiere abrazar á la esposa.
(La Reina y Quevedo suben las gradas.)
REINA. *(Azorada.)* El Rey...
MARGARITA. *(Señalando el fondo por entre las hojas entreabiertas.)*
Mírale... hácia aqui
con toda su corte avanza...
REINA. El temor y la esperanza...
(Siéntense en el fondo pasos y ruido que se aproxima.)
MARGARITA. Ven á su encuentro!...
QUEVEDO. Sí, sí!
Y á la clara luz del Sol
al Rey amando leal,
dadle tan solo un rival...
(Gritos del pueblo.)
ese buen pueblo español.
(La Reina, conducida por Margarita, entra y se dirige á la izquierda. Al abrirse las hojas, en el fondo aparecen caballeros, y en primera línea Mendaña, Castilla y Grana; pages y guardias que van desfilando hácia la izquierda.)
MARGARITA. Ven.
REINA. *(Dentro con un grito de júbilo.)*
Mi esposo... Dicha entera!
Que mis brazos te reciban!..
MENDAÑA. Vivan nuestros Reyes!...
TODOS. Vivan!
MENDAÑA. *(Dirigiéndose á la izquierda.)*
Todos adentro!
(Todos marchan á la izquierda, de modo que se note el movimiento al cerrar Quevedo las puertas.)
QUEVEDO. *(Saliendo y cerrando tras de sí las hojas.)*
Y yo afuera.

ESCENA XIV.

QUEVEDO, *luego* MARGARITA.

QUEVEDO. Todos se van!—Yo me quedo.
—Bien; importe por importe,

si se restan con el dedo,
debe la corte á Quevedo
lo que Quevedo á la corte.
Todos, en tan fausto dia,
van á donde el viento va
en revuelta algarabía...
—Quevedo... en tanta alegría,
¿quién de tí se acuerda ya?

(*Margarita aparece, y al ver que Quevedo comienza á bajar por la izquierda, baja por la derecha mirándole con afan.*)

Con su ayer y sus historias,
un recuerdo... está perdido
siempre en el hoy de las glorias!..
Que al fin, siempre las memorias
son merienda del olvido!
Tu presencia en tal morada
fuera un recuerdo importuno...
Y hoy, al fin de la jornada,
al pensar todos en nada,
ya no piensa en tí ninguno.
En tí, ni aun despues de todo
—si á buena luz lo escudriñas—
pensarán... como el beodo
piensa, al empinár el codo,
en el que plantó las viñas.
—¿Quién se acuerda ya?.. Lo sé...

(*Baja el último escalon y se vuelve hácia la derecha; Margarita á su vez sigue el movimiento contrario.*)

Ninguno, ninguno... (*Viéndola.*) Ah! Sí...
(*Se acercan.*)
En este momento á fe
pensaba...

MARGARITA. Comprendo en qué...
Y errasteis pensando asi.

QUEVEDO. Perdonadme... En tal momento...

MARGARITA. Que asi me ofendieseis vos!..

QUEVEDO. Yo siento. (*Con emocion.*)

MARGARITA. (*Idem.*) Tambien yo siento...

QUEVEDO. Dulce y comun sentimiento,
que es el alma de los dos!

MARGARITA. (*Señalando el corazon.*)
Siempre aqui!

QUEVEDO. (*Idem.*) Tambien aqui!

Inmenso ideal, profundo!..

MARGARITA. Digno de vos y de mí.

QUEVEDO. (*Asiendo las manos de Margarita.*)
Y eterno, eterno!

MARGARITA. Sí, sí!..
—Pero que lo ignore el mundo!

QUEVEDO. A ser nacimos quizás
siempre amantes....

MARGARITA. Siempre buenos!..
Ay! venturosos... jamás!!
(*Separándose con dolor.*)

QUEVEDO. ¿Por qué yo no nací mas!

MARGARITA. ¿Por qué yo no nací menos!
—Lo hizo Dios... Y él nos lo advierte:
un loco amor dió por fruto,
—no siendo comun su suerte—
á Villamediana muerte
y á la Reina llanto y luto!..
Tales son sus condiciones...
mi sosiego y vuestra vida
por fugaces ilusiones...
—Dénse nuestros corazones
su postrera despedida!

QUEVEDO. Qué desventurado soy!

MARGARITA. (*Con acento de persuasion.*)
Muerto fue Villamediana...
(*Movimiento desdeñoso de Quevedo.*)
y la Reina...

QUEVEDO. (*Interrumpiéndola.*) Basta.—Hoy
mismo á mi villa me voy.

MARGARITA. Bien! Yo á un convento mañana!

QUEVEDO. Y alli con honda querella
diré á mi suerte cruel:
¿por qué me separas de ella!
Y vos...

MARGARITA. Yo diré á mi estrella:
¿por qué me separas de él!

QUEVEDO. (*Con amargura.*)
Adios!

MARGARITA. Adios!

QUEVEDO. (*Aparte y alejándose lentamente por la derecha.*)
(A la orilla
morir ahogado!.. Oh tormento!

MARGARITA. (*Idem, idem por la izquierda.*)
(Arde el llanto en mi mejilla!)
QUEVEDO. (*Con profundo dolor volviéndose desde la puerta.*)
No os olvideis de la villa!!
MARGARITA. *Llorando y volviéndose tambien desde el lado opuesto.*)
Pensad vos en el convento!!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos y MENDAÑA, CASTILLA, GRANA *con varios caballeros que en este momento aparecen abriendo las hojas del fondo y bajan á la escena. Al verlos Quevedo, que ya iba á salir, se detiene notando un movimiento de terror en Margarita, que se esfuerza por ocultar su turbacion y sus lágrimas.*

MENDAÑA. Su Alteza!..
QUEVEDO. (*Sonriéndose.*) Mirad!.. La infanta
llora... de risa!..
MARGARITA. (*Con violencia.*) Eso es...
chistes de Quevedo...
QUEVEDO. Pues!
MENDAÑA. Mejor!.. Cuánta gracia, cuánta!
QUEVEDO. Pues hoy con gracioso porte
yo, que mil gracias ensarto,
al fin de mis gracias harto,
dejo, por gracia, la corte.
MENDAÑA. Y aun muy gracioso al marchar...
QUEVEDO. Un chiste acerté á decir...
MENDAÑA. Que hizo á su Alteza reir...
QUEVEDO. Pues; y de risa... llorar.
Que, unidos en un engaste,
por lo alegre y por lo triste,
una lágrima y un chiste
son... un chistoso contraste!
GRANA. Es verdad!
QUEVEDO. Si bien lo mira
la escelente humanidad,
todo en el mundo es verdad!..
CASTILLA. Cómo!
QUEVEDO. Cuando no es mentira.

MENDAÑA. Ya que sin vuestra persona
en la corte nos quedamos,
¡qué de chistes aguardamos
de esa musa juguetona!..
Desde allá vos... ya lo sé:
sois en el chiste muy ducho!

QUEVEDO. (*A Mendaña.*)
Mucho! mucho!
(*A Margarita.*) Mucho!
(*A todos.*) Mucho!!!

MENDAÑA. Escribid!

QUEVEDO. Escribiré.
Que al surcar simples y mansos
las cortesanas espumas,
me han provisto ya de plumas
muchos, muchísimos gansos.
Y van dispuestos y prontos
en mi alquitara mental...
mil sonetos!..

MENDAÑA. Mil!—Qué tal?
Sobre qué?

QUEVEDO. Sobre los tontos.
Ya os tendré presente á vos...
(*A todos.*)
La amistad... entre los dientes!..
Yo os tendré á todos presentes...
porque...

(*Quevedo se interrumpe á un movimiento de angustia que hace Margarita, la cual saluda á todos con una inclinacion de cabeza y se dirige á la gradería, profundamente afectada. Quevedo se dirige tambien á darla la mano para subir, despues de hacer á los cortesanos una seña, como si quisiera decirles: «Concluiré al punto.»*

MARGARITA. (*A Quevedo despidiéndose en la meseta y con profundo dolor.*)
Adios!

QUEVEDO. (*Idem besándola la mano.*)
Adios!

(*Margarita entra por el fondo. Quevedo, despues de seguirla con la vista, baja lentamente las gradas. Los cortesanos se dirigen á él, que los detiene con un ademan imperioso. Todos callan, y Mendaña se frota las manos maliciosamente, como quien aguarda muchos chistes.*)

QUEVEDO. (*Á todos, con una risa violenta de amargo desprecio y en el tono que al actor le parezca mas conveniente.*)

Adios!.. (1).

(*Quevedo atraviesa la escena, cálase el sombrero, se emboza y vase por la derecha; los cortesanos se miran unos á otros y cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

(1) Aqui concluye el drama. Sin embargo, para su representacion en Madrid, y atendiendo á conveniencias teatrales que se comprenden desde luego, el autor añadió á este final los cinco versos que copiamos á continuacion, á fin de que los actores de las provincias, si lo tienen á bien, pongan en escena el drama tal como se estrenó en el teatro del Príncipe.

MENDAÑA. Y asi os vais?..

QUEVEDO. Nada os importe:
que al fin, si sois cortesanos,
yo, aunque el demonio me exhorte,
hago demas por la corte
al hacerla... un besamanos.